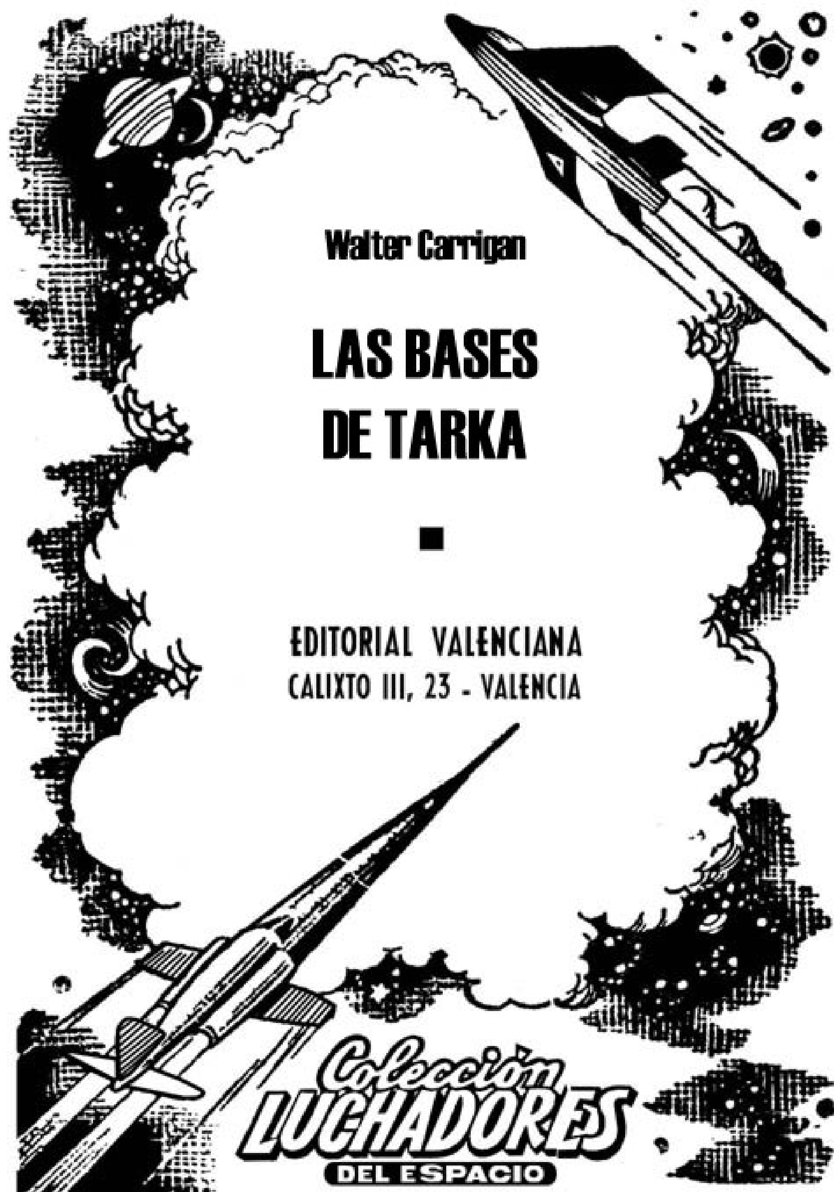

WALTER CARRIGAN.
Las BASES de TARKA
T-3
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSÉ LUIS



PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTÍSTICA – VALENCIA



CAPÍTULO I

ATAQUE A KIYUL

Cuando las aeronaves tacomis se lanzaron sobre los picachos desnudos bajo los que se escondía la gran base de Kiyul de los hombres de Tarka, las extrañas cúpulas azul verdosas surgieron de la propia montaña y antes de que los tacomis, alertas como estaban, se percataran de ello, un furioso vendaval de proyectiles y torpedos atómicos ascendió al encuentro de la flota cuyo comando ostentaba el jeddad Temoc.

Desde la sala de control y dirección del *Kipsedón*, inmensa mole azul contra el cielo rutilante de estrellas perdidas en el espacio inconmensurable, y a través de las paredes transparentes de kass, se pudo ver en toda su intensidad merced a los distintos proyectores de luz negra y blanca, las terribles e impresionantes escenas de desolación y muerte, preludio de una lucha, de una batalla entre viejos y ancestrales enemigos cuyo odio, transmitido a través de los siglos, les empujaba a destruirse mutuamente por el dominio del

sistema planetario solar del que formaba parte la Tierra. Decenas, centenares, convertidos al instante en millares de explosiones silenciosas puesto que la ausencia de atmósfera en la Luna impedía que el sonido se transmitiese, iluminaron fantásticamente la noche en que, a la sazón, estaba sumida la parte desconocida por los terrestres desde su planeta.

Un destructor tacomis, alcanzado por varios torpedos de cobalto, inclinó su proa destrozada hacia la montaña e, impulsado por una fuerza terrible, se estrelló contra una de las cúpulas verdeazules. Una inmensa llamarada se elevó del lugar de la catástrofe, y cuando unos segundos después se extinguió no quedaban huellas de la casamata de kass.

Las aeronaves tacomis evolucionaron en el espacio y se arrojaron contra las cúpulas devolviendo proyectil por proyectil y torpedo por torpedo. Los proyectiles de rayos cósmicos, eléctricos y paralizadores se mantenían en continuo funcionamiento.

Derek Bedford, desde la esfera que tripulaba el sut Zanu, presenciaba estático las relampagueantes escenas que se sucedían ante sus ojos a una velocidad de vértigo. Por un momento contempló la estructura del *Kipsedón* cuando se disponía a intervenir en la lucha. Tenía conocimientos de la extraordinaria potencia de sus armas de a bordo. En el campo magnético creado artificialmente alrededor de la astronave se estrellaban y hacían explosión los cohetes, los torpedos de cobalto y los proyectiles atómicos enemigos. Al empezar a disparar con todas sus armas, Derek creyó estar presenciando el fin del mundo. Millares de cañones y de proyectores detenían el avance vertiginoso de los artefactos bélicos de los hombres antena y se abatían contra las cúpulas de la montaña, reduciéndolas una a una.

El capitán estaba convencido de que a raíz de los combates sostenidos por el *Kipsedón* contra las formaciones aéreas terrestres, ya nada le asombraría. Pero entonces estaba comprobando hasta qué punto llegaba el poder omnímodo de la enorme astronave. Lo de la Tierra había sido un juego de niños comparado con aquel diluvio que arrojaba sobre la montaña amenazándola saltar en pedazos. Ante su estupefacta mirada se desintegraban las cúpulas azules como si fuesen terrones de azúcar. ¡Los tacomis estaban empleando los rayos desintegradores!

De repente se movieron grandes rocas dejando al descubierto plataformas de lanzamiento y aberturas por las que salieron como impulsadas por una fuerza loca docenas de aeronaves de forma ahusada, aerocohetes negros como la misma noche, sin luces de

situación, silenciosos, ascendiendo hacia el espacio a velocidades escalofriantes. Se entabló inmediatamente una enconada batalla, desproporcionada por el número de aeronaves enemigas, que la imaginación del capitán no había llegado a soñar jamás.

El *Kipsedón* y sus naves satélites, en número de siete esferas, trece platillos volantes y veinticuatro destructores, soportaron el ataque de varios cientos de aparatos de Tarka, dotados de armas poderosas pero incapaces de medirse con la potencia destructora del *Kipsedón*.

Derek, conteniendo la respiración, presenciaba angustiado la salida de las aeronaves tripuladas por los hombres antena. ¿Cómo iban a poder resistir la avalancha de aquellas naves cuyo número ascendía por momentos?

De pronto el sut Zanu dio una orden gutural, y la esfera se dejó caer sobre una de las aberturas por donde despegaba la mayor parte de los aparatos enemigos. Un rosario de bombas de cobalto cayó sobre aquel lugar. Entre imponentes llamaradas y grandiosas columnas de humo, un aluvión de rocas sepultó la abertura obstruyéndola por completo.

Pero los hombres antena habían previsto aquella contingencia y tenían unas plataformas de lanzamiento por las que continuamente ponían en el espacio gigantescas astronaves y aerocohetes de forma puntiaguda.

Zanu, dando secas y guturales órdenes ante los micrófonos y las pantallas de televisión, se arrojó con las siete esferas hacia aquellos puntos, bombardeándolos y causando en ellos una verdadera hecatombe.

Había dejado de ser de noche. Los resplandores de las explosiones asaltaban el éter en todas direcciones y la montaña parecía un volcán en actividad. Cuando consiguieron los tacomis taponar todas las salidas de lanzamiento, unas doscientas aeronaves de Tarka cruzaban ya el espacio a toda velocidad, combatiendo con los platillos volantes, las esferas y los destructores. El *Kipsedón*, situado a mayor altitud, dominaba el lugar del combate prodigando con espeluznante profusión sus rayos mortales y desintegradores. El cielo aparecía surcado de ráfagas de todos los colores; el amarillo, el azul y el verde se confundían con el amaranto, el violeta y el carmesí. Colores y ráfagas que eran otros tantos aerocohetes convertidos en chatarra incandescente y radioactiva.

Los hombres antena consiguieron organizarse. Cincuenta astronaves se lanzaron en masa contra el *Kipsedón* aprovechando que las naves satélites tacomis combatían cercanas a la Luna.

El profesor Hoppel, en pie junto a Temoc, mantenía los ojos clavados en la pantalla de televisión y radar. Veía acercarse a las negras y ominosas naves enemigas a velocidades fantásticas. Los proyectores tacomis, cargados, apuntados y disparados por perfeccionadísimos cerebros electrónicos, entraron en juego. Los torpedos se buscaban en el aire y estallaban con fulgores anaranjados. Cuando alguno lograba atravesar la barrera y se arrojaba contra la víctima elegida por el cerebro electrónico, se veía una explosión cegadora y una palmera de hierros y kass que caía hacia la Luna. Los proyectiles que entraban en el campo magnético del *Kipsedón* estallaban sin producir el menor daño y si, a pesar de todo, algún torpedo chocaba contra la coraza de kass de la astronave, el efecto era insignificante. Se notaba una suave sacudida, un resplandor vivísimo y nada más.

Las aeronaves de Tarka iban siendo rápidamente abatidas, sobre todo merced a los rayos desintegradores del *Kipsedón*, contra los que los hombres antena no tenían defensa posible.

El profesor Hoppel comprobó que ya ningún aparato se les oponía. Entonces oyó una voz de mando de Temoc, y la astronave se dirigió describiendo un amplio semicírculo al centro del combate próximo, donde las aeronaves satélites tacomis llevaban la peor parte. Su intervención fue oportuna y decisiva. En un santiamén desbarató los ataques adversarios y puso en fuga a las escasas naves que se libraron del poder de los rayos desintegradores.

El *Kipsedón* se posó sobre el cráter lunar situado en el centro de un valle rodeado de escarpadas montañas, bajo las cuales se hallaba la base de Tarka, llamada Kiyul. En el cielo, las esferas y destructores acababan con los restos de la flota enemiga, mientras los platillos volantes tendían un techo de cobertura sobre el *Kipsedón*.

Se abrieron grandes compuertas en los costados del *Kipsedón*. Varias rampas se tendieron hacia el suelo y por ellas empezó a desembarcar el ejército de invasión tacomis. Eran hombres robots, dotados de cerebros electrónicos y armados de fusiles atómicos y eléctricos o proyectores ígneos. Eran los tanques de kass, casi esféricos, sin torretas, provistos de un corto cañón y unos tubos de extrañas bocas. Disparaban proyectiles atómicos y por los tubos lanzaban gases mortíferos y descargas eléctricas, y se movían por los terrenos más accidentados. Se veían camiones orugas, verdaderos bólidos que se lanzaban contra los obstáculos artificiales destruyéndolos, coches y tractores cargados de explosivos, gigantescas excavadoras. Había enormes taladros y potentes

cañones atómicos autopropulsados. Luego, toda la gama infinita de maquinaria que servían de operario. Grúas y extraños armatostes con palancas y brazos mecánicos. Eran las armas bélicas diseñadas por el genio creador del gran Jumwha.

Todo aquel ejército mecánico, moviéndose por sus propios medios, se dirigió hacia las montañas cercanas ocupando cada vez una mayor extensión. Delante las máquinas más pesadas y los tanques, en medio los hombres robot y los coches ligeros y por último término la artillería.

Este ejército suicida de choque, insensible a las bajas que pudieran causar en él, impertérrito bajo los cañonazos enemigos, avanzaba rítmicamente, seguro y constante, hacia su objetivo. A distancia prudencial lo hicieron los tacomis montados en vehículos acorazados capaces de escalar las más agudas pendientes o metidos en tanques unipersonales, que llegado el momento podían actuar separadamente de la mano que en aquellos instantes los conducía.

Terminado el desembarco, el *Kipsedón* volvió a elevarse volando sobre el ejército acorazado mecánico y disparando contra la montaña y las solitarias aeronaves tarkas que no querían abandonar el campo a los tacomis y que se arrojaron como moscardones furiosos sobre el *Kipsedón*.

La esfera de Zanu, el sut de la guerra, describió una rutilante parábola en el cielo yendo a situarse por encima de las avanzadillas propias. Derek pudo así apreciar de cerca el asalto a Kiyul.

Vio cómo las excavadoras y los taladros, entre una nube de explosiones, principiaban su trabajo en las faldas de las montañas quitando los escombros de las entradas y de las plataformas destruidas desde el aire y abriendo nuevos túneles. Pequeñas casamatas de tiro individual surgieron de los lugares más inverosímiles, convirtiéndose en centros de resistencia que se oponían tenazmente al avance de las máquinas tacomis. Los tanques esféricos cargaron sobre estas diminutas casamatas disparando sus cañones y, segundos después, las nubes que se levantaban de aquellos lugares envolvieron en un halo fantástico la montaña entera tapando por completo la visión. A no ser por las pantallas de televisión y radar nada hubiera podido distinguirse y nada se hubiese sabido del progreso de las máquinas.

Zanu de vez en cuando daba órdenes por los micrófonos de a bordo, órdenes que eran recogidas por los cerebros electrónicos de las máquinas, dueñas ya de un gran sector exterior de la montaña.

—La victoria es nuestra —exclamó Derek viendo cómo las máquinas desaparecían en el interior de la montaña.

Zanu movió negativamente la cabeza.

—Todavía no —dijo—. Ser pronto. Hombres antena ser fuertes en Kiyul. Robots tacomis decidir combate.

Derek no comprendió bien las palabras del sut; ni siquiera cuando un minuto después la esfera se posó junto a uno de los túneles por el que penetraban los robots vislumbró su significado. Embutido en un traje especial de kass y amianto, Zanu descendió de la aeronave seguido de media docena de hombres robots y dos tacomis.

—Tú quedar —dijo al capitán—. Ser peligroso.

Mas Derek no estaba de acuerdo.

—Yo voy contigo —replicó—. Recuerda que varios terrestres se hallan también en peligro.

Siguió a Zanu cuando éste se encogió significativamente de hombros. Los robots alumbraban con sus focos el interior del túnel. Por los amplificadores de la escafandra llegaban tenues ruidos hasta los oídos del capitán, que marchaba con el fusil atómico en disposición de disparo. Le extrañó aquella circunstancia pues demostraba que en aquel túnel había atmósfera. El ruido era producido por las máquinas excavadoras y los taladros vivientes.

Desembocaron en una sala espaciosa de forma trapezoidal donde vieron los restos de varios tanques y de algunas excavadoras. Los hombres antena se oponían, pues, desesperadamente al avance tacomis. El ruido era mayor allí. Una especie de neblina dorada flotaba en el ambiente, y unos tubos fluorescentes aparecían rotos.

Volátiles columnitas de humo ascendían hacia el techo de la caverna. Varios ramales partían de aquella sala. Siguieron el central y más amplio, por donde tiraba el grueso de las fuerzas asaltantes. Derek pudo ver al doblar un recodo y al fondo del largo túnel una aglomeración de hombres robots disparando diabólicamente sus fusiles y produciendo un ruido ensordecedor en medio de llamaradas continuas.

—Hombres antena estar cerca —avisó Zanu.

Derek engarfó nervioso su fusil. ¿Cómo serían aquellos seres? ¿Cuál sería su forma? ¿Tendrían la misma apariencia que los tacomis?

No pudo llevar más lejos sus pensamientos puesto que, repentinamente, una descarga atronó los ámbitos del túnel derribándole en tierra. Cuando quiso incorporarse quedó inmóvil de estupor. De una caverna lateral, rodando hacia ellos, surgían fantásticos monstruos de forma achatada. No tendrían más de un metro de altura. Sus medios de locomoción consistían en una

especie de cadenas adaptables a cualquier clase de terreno. Su cuerpo, cuadrado y provisto de dos largos tentáculos, se mantenía siempre erecto independientemente del movimiento de las cadenas. Carecían de cabeza y en su lugar se destacaban cuatro antenas vibrantes. Aquellos monstruos empuñaban fusiles eléctricos y atómicos y disparaban sobre la marcha contra los robots tacomis, los cuales respondían sin cesar de dar saltos asombrosos.

Derek se sintió levantado por una fuerza poderosa y transportado en volandas hasta un lugar donde perdió de vista la terrible lucha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó aturdido—. ¿Eran hombres antena?

Zanu movió la cabeza.

—Ser robots antena. Mucho peligrosos.

Derek tragó saliva. Empezaba a comprender las palabras del sut. Caminó en pos de éste, el cual le había librado de perecer víctima de las explosiones atómicas que en un espacio tan reducido eran mortales de necesidad. El estruendo en los subterráneos debía de ser espantoso, pero los amplificadores actuaban como protectores reduciendo el ruido y los ecos a su normal expresión. Pasaron entre montones de chatarra, excavadoras retorcidas, taladros reventados, tanques empotrados en las paredes, camiones orugas aplastados en las barreras levantadas por los hombres antena, robots tacomis y antenas revueltos en un hacinamiento sin nombre. Poco después descubrieron los primeros cadáveres de hombres antena, ya casi en la misma entrada de Kiyul.

Al principio no se percató de su fisonomía, cubiertos como estaban de un traje oscuro y una escafandra opaca, pero unos metros más allá, dentro de la misma metrópoli, pudo examinar a un representante de Tarka sin su escafandra. Tenía la cabeza aplastada, desprovista de cabellos y cejas. Una boca sin labios se abría en un rostro de fealdad suma. Por nariz tenía tres orificios diminutos; de sus ojos, blancos, inexpresivos y sin vida, arrancaban dos largas antenas. No tenía oídos, sustituidos éstos por dos antenas más cortas.

Los tacomis invadían ya Kiyul por diferentes lugares. En medio de la dorada neblina, rasgada de continuo por los rojizos resplandores, se debatían los hombres antena y sus artefactos contra las oleadas de máquinas y los primeros tacomis, escoltados por robots.

Zanu daba órdenes sin cesar. De súbito, dos hombres antena surgieron de una calle lateral y se echaron los fusiles al hombro.

Antes de que Derek pudiera llevarse el suyo al mismo sitio, vio cómo los dos adversarios desaparecían en medio de una fragorosa explosión. Zanu se había adelantado a sus enemigos por décimas de segundo.

El capitán contemplaba maravillado el enorme trabajo realizado en la montaña hueca. Los habitantes de Tarka habían aprovechado la existencia de una gigantesca caverna natural, pero aún así las toneladas de roca extraídas de aquel lugar debían contarse por millones. En las calles, trazadas a cordel, se levantaban edificios que adoptaban toda clase de figuras geométricas. Anchurosas naves eran otras tantas fábricas atómicas.

Al aproximarse a un edificio completamente circular del que surgía una especie de lenta pulsación que había llamado la atención de Derek desde que penetrara en Kiyul, el capitán pudo ver a un grupo de hombres antena que corrían hacia el edificio. Llamó la atención de Zanu.

El sut dio una orden gutural. Varios robots salieron al encuentro de los hombres antena dando grandes saltos. Los seres de Tarka detectaron a sus enemigos, pero antes de que pudieran intentar defenderse los robots habían hecho entrar en juego sus poderosas armas. Saltaron hechos pedazos los hombres antena.

Zanu se aproximó seguido de Derek y dos tacomis hacia la entrada de la fábrica. Al atravesar la cortina de humo, el americano lanzó una exclamación ahogada:

—¡Yandot…! ¡Kazan…! —dijo.

* * *

Dimitri Kazan, que iba en cabeza cargado con el proyector de rayos desintegradores, saltó al patio lleno de hombres antena. Su presencia fue acogida con una serie escalofriante de chirridos y silbidos.

Las antenas de los seres de Tarka vibraron produciendo un suave chirrido que les denunciaba en la oscuridad. Estaban sorprendidos de la audacia de aquel hombre extraño que se atrevía a desafiarles. Pero sus antenas también detectaron el proyector y aquello no les causó ciertamente ninguna alegría. Se hicieron instintivamente atrás, momento que fue aprovechado por Kazan para soltar una descarga de rayos desintegradores.

El grupo de hombres antena se disolvió corriendo en todas direcciones. Muchos no llegaron muy lejos. Se convirtieron en humo negro, muy negro, que se arremolinaba y desaparecía en la dorada neblina…

—No podemos salir de esta fábrica —gruñó Yandot que pisaba los talones de Dimitri y transportaba a cuestas el cuerpo desvanecido del húngaro—. Vamos hacia la izquierda.

Müller y Kazan cubrieron la retirada. Los alrededores estaban llenos de hombres antena. Se veían sus grotescas figuras difuminadas por la escasa luz y se oían sus chillidos silbantes, el rumor de sus pisadas y los secos chispazos restallantes de sus fusiles eléctricos. Si una de aquellas descargas les alcanzaba en la cabeza podían considerarse en la otra vida.

Yandot tenía un perfecto sentido de la orientación. Tiró por una escalera muy empinada y estrecha. Niva y Olga Fedorova, las dos jóvenes rusas, le siguieron y eran presas de temor y nerviosismo grandes.

Los hombres antena mantenían todavía encendida la luz fluorescente, instalada en Kiyul para que pudiesen trabajar los esclavos amarillos de Tumpa. Pero en aquel momento la oscuridad más absoluta se extendió sobre la metrópolis al tiempo que llegaban hasta ellos leves ruidos de explosiones y rumores de gritos y silbidos estridentes.

A tientas los terrestres siguieron a Yandot. Desembocaron en una especie de terraza.

—Es muy profunda la oscuridad —dijo Yandot—. Permanezcamos unidos. Hay que tener en cuenta que los hombres antena se mueven perfectamente en las tinieblas y nos pueden dar un disgusto desagradable. Aquí no es fácil que nos reduzcan con aire líquido. Deben haber cortado la corriente que suministra luz a la ciudad.

—No me gusta este sitio —masculló Müller—. Esta oscuridad pone escalofríos en el alma. Parece caérsele a uno encima.

Se oyó un gemido muy cerca. Kazan soltó una maldición.

—Olga —exclamó—, no te pongas melodramática ahora. Debiste pensarlo mejor cuando emprendimos este vuelo.

—Déjala tranquila, Dimitri —dijo entre dientes el alemán—. Esta situación es capaz de volver loco al más pintado. Y ella ha resistido bastante bien hasta aquí. Callad.

Contuvieron hasta la respiración. Reinó un silencio de cementerio preñado de tensión mientras los terrestres se apelotonaban más y más, como si en las tinieblas una amenaza invisible apretara en torno a ellos un nudo corredizo.

—Me parece que sube alguien por la escalera —dijo la voz de Kazan.

—Calla —gruñó Yandot.

Los terrestres percibieron un pequeño roce en la terraza. De pronto retumbó un estampido confundido con una explosión. Del fondo de la escalerilla ascendió un fulgor anaranjado. Se escucharon algunos silbidos y varias carreras precipitadas.

—¿No es peligroso disparar proyectiles atómicos en esta fábrica? —inquirió Kazan—. Ten en cuenta, Yandot, que no poseemos escafandras.

—¿Y qué más da? —graznó Müller—. De todos modos no tenemos salvación posible...

Guardaron silencio. Se oyó un leve sonido silbante por encima de la cabeza de Yandot. Se agachó instintivamente, soltó un gruñido y se tiró al suelo para aprovechar la pequeña protección del parapeto.

—¡Tumbaos todos! —ordenó— ¡Están llenando el aire de dardos envenenados! Los están disparando con armas de aire comprimido...

De bruces sobre el tejado, los terrestres escucharon con pánico cómo silbaban por encima de ellos los proyectiles, muchos de los cuales se estrellaban contra el parapeto.

Olga aulló lastimeramente.

—Lo que yo quisiera saber es por qué nos hemos metido en esta fábrica o instalación atómica.

—Fue idea de Yandot —dijo en voz baja Müller—. Si nos apoderamos de la instalación seremos dueños de toda la población. Es el corazón de su existencia. El techo del edificio está reforzado para que no pueda hundirse. Es el lugar más fuerte de la caverna.

—¡Ojalá nunca hubiéramos venido arriba! —aseguró Olga.

—¿Y qué quieres que hiciéramos, mujer? —gruñó el hombre rojo con ira, porque le molestaba grandemente que una mujer discutiese sus órdenes—. Los hombres antena nos habrían cortado la retirada en las cavernas y sin escafandras no hubiésemos podido sobrevivir en el exterior. ¿Críticas acaso mi sistema de hacer las cosas?

—No; me parece que las cosas van estupendamente bien así.

Durante todo aquel tiempo, el latido de la máquina de la Central había seguido oyéndose rítmicamente en la oscuridad.

Niva, que hasta entonces había permanecido callada, respiró con fuerza inhalando tres veces seguidas en rápida sucesión. Luego exclamó:

—¿No os parece como si se hiciera más lento esa tic-tac?

Kazan escuchó.

—Sí —asintió—; y ya no disparan tantos dardos de ésos. Con toda seguridad creerán que nos han matado ya. Aguardad a que

vuelvan a dar su luz amarilla... alguien va a llevarse una buena sorpresa.

El jadeo de Niva se estaba haciendo tan ruidoso ya, que hasta ahogó el ruido de la máquina de aire de la Central. Y no era la joven la única que hallaba dificultad en respirar. Todos jadeaban. Empezó a parecer un concurso.

La voz melosa de Niva inquirió entre jadeo y jadeo:

—¿No le... parece a alguno de... vosotros... que empieza a... costar trabajo... respirar?

Todos contestaron afirmativamente. Müller preguntó a su vez:

—¿Podrá tener esto... algo que ver con el tic-tac ese... suena la mar de despacio... ahora.

Yandot gruñó guturalmente.

—Has acertado, Müller. El tic-tac regula el aire.

Kazan rompió a toser.

—¡Quitándonos el aliento de la propia boca! —exclamó asustado— ¿Qué clase de gente es ésta? ¡Larguémonos de aquí!

Echó a andar hacia la escalera. Yandot no hizo nada por detenerle. Cargó el cuerpo de Foldvar y siguió al ruso blanco. Niva caminaba pegada a sus talones y Müller cerraba la marcha.

La escalera era rotatoria. Bajaron silenciosamente. El aire era más respirable en la planta y también mucho mayor el ruido de las explosiones y de los silbidos. Parecía que el continuo tiroteo se acercaba por instantes. Fuera de la Central el tumulto era ensordecedor. Corrían alocadamente los hombres antena armados de fusiles y de extraños cañones. Dentro de la fábrica debían contarse los enemigos por docenas, pero sin duda alguna temían los efectos del proyector de rayos desintegradores que empuñaba Kazan.

Sin embargo, como minutos antes, una colección de extraños y ominosos silbidos semejantes a los producidos por un conjunto de crótalos llegó hasta oídos de los terrestres y Yandot, confundido con el chirrido vibrátil de las antenas de los seres de Tarka. Kazan levantó su proyector y, moviéndose a ciegas, lo hizo funcionar. Los chillidos estridentes de los hombres antena aumentaron en intensidad.

Los rayos desintegradores produjeron su efecto, puesto que los seres achaparrados se retiraron disparando sus fusiles eléctricos cuyos chispazos señalaban su posición. Kazan fue alcanzado por una descarga derribándolo en el suelo, pero tuvo suerte de no ser alcanzado en la cabeza.

De pronto la oscuridad fue surcada por los haces blancos de

varios focos de gran potencia, al tiempo que el ruido crecía hasta convertirse en algo verdaderamente aterrador.

—Son los nuestros —clamó Yandot sin que se notara en su voz la más mínima emoción—. Avancemos a su encuentro. Es preciso que nos apoderemos de unas escafandras, de lo contrario nada habremos conseguido. Dentro de breves instantes el aire será aquí irrespirable y estará cargado de radioactividad.

Se dirigieron hacia la salida de la Central.

—Los hombres antena temen emplear sus fusiles atómicos en las cercanías de esta fábrica y eso nos favorece. En tanto nos mantengamos pegados a las paredes no dispararán.

Por el fondo de la calle avanzaban innumerables hombres robots y extrañas máquinas esparciendo un diluvio de proyectiles a su alrededor. Vehículos acorazados y robots antena se oponían tenazmente al avance, pero el combate era ya general en toda la metrópoli. Destruidas las fuerzas aéreas, poco podían hacer los hombres antena contra el ejército mecánico de los tacomis.

Los monstruos de kass comenzaron a buscar lo que sus mentes electrónicas les ordenaban. Los coches y los camiones orugas, por ser los más rápidos, se adelantaron al grueso del ejército atropellando a los grupos de hombres antena. Los tanques esféricos se lanzaban sobre los obstáculos destruyéndolos. Saltaban por las aceras y entraban en los portales buscando aquellos seres cuyas ondas despertaban el odio en sus cerebros electrónicos, dispuestos para este menester.

Los habitantes de Kiyul no fueron capaces de reaccionar ante aquel ataque devastador. En las aceras y en las calzadas quedaban los cuerpos maltrechos y destrozados, mientras los robots y las máquinas obreras buscaban a los vivos exterminándolos en sus escondrijos. Las víctimas, al ser arrastradas por las maquinarias que las agarraban entre sus potentes tentáculos, zarandeándolas y alzándolas en vilo, chillaban de terror y de desesperación. Luego las máquinas las estrujaban, lanzando sus despojos sobre la calzada.

Las grúas y las excavadoras se lanzaron sobre la ciudad derribando los edificios, que se desplomaban con estruendo aplastando a sus ocupantes.

—¡Cuidado! —gritó Müller poniendo sobre aviso a los demás que se habían quedado estáticos contemplando las escenas de destrucción.

A tenor de los resplandores vieron a media docena de hombres antena que corrían hacia ellos. Sonaron dos explosiones violentas y el grupo entero desapareció en medio de una polvareda y un humo

espeso y radioactivo.

—Es Zanu —dijo la voz impasible de Yandot.

Salieron corriendo al encuentro del sut y de Derek Bedford que caminaba sonriente a su lado.

Zanu dio una orden e, inmediatamente, un automóvil tripulado por un tacomis se aproximó, recogiendo en su interior al grupo de Yandot.

Las escenas que ocurrieron a continuación en Kiyul no son para ser descritas. Casa por casa, calle por calle, los tacomis tuvieron que conquistar la base de Tarka.

Cuando varias horas después el último defensor de Kiyul había sido reducido, los terrestres ya se encontraban a bordo del *Kipsedón*, descansando de las fatigas de las últimas y violentas jornadas.

CAPÍTULO II

PLANES DE GUERRA

El sol caía a plomo sobre la Luna. Sin atmósfera que interceptase sus rayos, el calor era terrible en la superficie estéril y desértica, salpicada de cráteres. En el transcurso de pocas horas, los 100 grados bajo cero se habían convertido en 100 grados sobre cero. Después de catorce días a la sombra, aquella parte desconocida por los terrestres aparecía completamente iluminada.

El *Kipsedón* se hallaba posado en el gigantesco cráter lunar mientras varias naves siderales patrullaban por el espacio en previsión de cualquier posible contingencia. En la sala de conferencias y presidido por el jeddad Temoc, se hallaba reunido el Consejo de los tacomis. Estaban presentes Yandot y sus hermanos: Kanak, jefe o sut de la artillería, Rumbal, jefe de máquinas, Utor, técnico e investigador de gran valía, Zanu, el sut de la guerra, y Parno, físico nuclear y médico. TJarvo, el más anciano de los tripulantes de la astronave y cuatro tacomis más por cuyos rostros parecía que hubiesen pasado varias generaciones, completaban el Consejo. Por deseo de Temoc actuaban como meros observadores el profesor Hoppel, el capitán Derek Bedford, de la Air Force americana, Dimitri Kazan y Karl Müller.

Yandot había expuesto en concisas palabras el peligro que amenazaba al sistema planetario con la presencia de los hombres antena asentados en Marte y en Júpiter. Hizo saber asimismo la existencia de una poderosa flota de invasión que se aproximaba la aquella galaxia procedente de Tarka. Después se levantó Temoc. Con su enorme estatura dominó la reunión. En voz profunda y gutural manifestó:

—Hemos perdido dos esferas, tres platillos volantes y cinco destructores en el combate contra las aeronaves de Tarka. Nuestro ejército mecánico ha sido duramente castigado. Los hombres antena son extraordinariamente poderosos. Cuando mi padre, el gran Jumwha, proyectó esta grandiosa astronave, la dotó de los inventos más perfeccionados y mortíferos, especialmente de los rayos desintegradores, que nos han dado la victoria sobre las naves de Tarka. Hasta el presente parece ser que los hombres antena carecen de proyectores de esa naturaleza, pero yo pregunto: ¿Tampoco la flota que se aproxima está dotada de rayos desintegradores? Si los hombres antena hubiesen instalado proyectores a bordo de sus

aeronaves, nada podría oponerse a su marcha triunfal por los espacios.

»Por de pronto nos apoderaremos de las restantes bases que Tarka mantiene en este sistema solar. Debemos adelantarnos al propio tiempo a la conquista de Venus y de la Tierra. Hemos capturado un centenar de prisioneros tarkas a los que estamos sometiendo a interrogatorio. Hemos libertado a un millar de hombres amarillos que se unirán a nosotros. Su odio hacia los tarkas es superior al que sienten hacia los tacomis y no vacilarán en ayudarnos en la lucha que se avecina sabiendo que está en juego su existencia. Poco nos pueden ayudar los terrestres que llevamos a bordo. Apenas suman tres centenares. A pesar de todo nos valdremos de unos y otros para nuestros propósitos. Ignoramos el estado de civilización existente en Venus, si es que existe alguna, o en Marte o en Júpiter. Sin pérdida de tiempo procederemos a explorar esos planetas y a expulsar a los hombres antena de sus bases. Los terrestres y los hombres amarillos de Tumpa serán dejados en Kiyul, con la misión de reorganizar la base para su defensa. Los robots y las maquinas les ayudarán en esta labor bajo la supervisión de Parno, que ostentará el mando de Kiyul, y de varios tacomis. Se reconstruirán las plataformas de lanzamiento y se alistarán las aeronaves de Tarka intactas. Las maquinas tarkas serán reparadas para que puedan prestar su concurso a esta reconstrucción.

»Los destructores quedarán la Luna para la defensa de Kiyul. El *Kipsedón* y los platillos volantes saldrán hacia Marte donde atacaremos las bases de Tarka, procurando ganar adeptos para nuestra causa intentando averiguar el paradero de los tacomis fugitivos de Tacom. Las esferas explorarán Venus. Partiremos cuanto antes.

Se discutieron algunos detalles del plan general a seguir, traduciendo el profesor las palabras de los suts, y la reunión se disolvió en silencio.

Müller y Kazan marcharon juntos dirigiéndose hacia la enfermería del Kipsedón. El húngaro estaba allí perfectamente atendido. Sonrió débilmente cuando vio entrar a sus dos camaradas.

Un tacomis de faz apergaminada y espaldas encorvadas danzaba por la habitación y apenas prestó atención a los dos terrestres que se aproximaron al lado del herido.

—Hola, húngaro —saludó Kazan—. ¿Cómo te encuentras?

Foldvar había sido herido en un brazo cuando se disponía a entrar en la Central Mecánico Atómica de Kiyul. Yandot impidió

que se desangrara y que la radioactividad se extendiese por todo el miembro.

Mostró su brazo amputado.

—Me encuentro mejor de lo que parece —dijo valerosamente—, pero voy a echar mucho de menos este brazo.

—Peor hubiese sido perder la vida —dijo Müller. El húngaro miró agradecido a Kazan y murmuró:

—Gracias, Dimitri. Arriesgaste tu vida por salvarme.

—Tú hubieras hecho lo mismo por cualquiera de nosotros. No merece la pena que me des las gracias. Somos viejos camaradas y no iba a dejar que los hombres antena te liquidasen como al pobre polaco.

Kazan, y a ratos Müller, pusieron en conocimiento de su compañero la decisión tomada en el Consejo.

—Probablemente partiremos hacia Venus, en viaje de exploración. La cosa va a ser dura. Los tacomis piensan dar la batalla en toda la línea a los hombres antena.

—¿Crees que vale la pena luchar de esta manera? —inquirió el húngaro—. ¿Sacaremos algo en limpio?

—Yo creo que sí —contestó Kazan—. Si los tacomis resultan vencedores en esta contienda, habremos asegurado nuestro porvenir. He comprendido que no son desagradecidos y pagan bien a aquellos que les sirven. Imagínate, terrenos inexplorados y vírgenes, ricos y exuberantes, con esclavos y robots trabajando para uno. ¿Y quién puede saber lo que ocurrirá el día de mañana? Podemos llegar a ser poderosos. Por de pronto no emprenderemos el viaje de regreso a Tacom, que nos llevaría como mínimo treinta años, años que podemos aprovechar en Venus o en Marte.

Se despidieron del húngaro y se encaminaron hacia sus camarotes. Müller se tumbó sobre su litera mientras Kazan rebuscaba entre los utensilios amontonados en una especie de armario.

—¿Qué buscas? —preguntó el alemán con las manos entrelazadas por detrás del cogote.

—Voy a ponerme un poco presentable —informó el ruso—. Los tacomis son barbilampiños, pero se afeitan la cabeza. Aquí debe haber alguna navaja y maquinilla eléctrica de afeitar. Estoy harto de esta barba que ensucia mi semblante.

—¿Piensas hacerle alguna visita a Tania Gurevich?

—Ése es mi propósito. ¡Aquí está!

Müller vio en manos de su compañero una máquina eléctrica que enchufó junto al lavabo provisto de espejo. Instantes después,

Kazan procedía a rasurarse las mejillas en tanto que el alemán no perdía detalle de la operación. De vez en cuando se acariciaba con el dorso de la mano la espesa maraña que cubría su rostro. Tras varios años de estar prisioneros en el campo de concentración de Sibiriakof se habían acostumbrado igual que los demás presos, a no preocuparse de la barba, que por demás les protegía del frío reinante en aquella endiablada isla.

Müller se asombró del cambio operado en Kazan. La expresión brutal de su semblante había desaparecido en parte, y el grueso bigote con guías le prestaba un aspecto de caballero militar que a todas luces desmentía la luz acerada de sus ojos grises.

—¡Pareces otro! —exclamó admirado.

—¿Crees que Tania me mirará con buenos ojos ahora?

—Estoy seguro.

Dimitri Kazan sonrió alegre y abandonó el aposento silbando una tonadilla.

Müller se incorporó y saltó al suelo; se asomó al corredor y, seguro de que no le veía nadie, se acercó al lavabo y tomó la maquinilla que Kazan se había dejado enchufada.

Dimitri caminó por el largo corredor circular que daba la vuelta a la astronave y se metió en uno de los ascensores. Ascendió hasta el séptimo piso cruzándose con varios tripulantes tacomis de piel muy arrugada que apenas pararon mientes en su persona.

Al llegar a los departamentos de las mujeres oyó el rumor de algunas conversaciones en inglés. Extrañado, se detuvo ante la puerta abierta de un camarote ocupado por ocho mujeres, todas jóvenes, las cuales se le quedaron mirando entre asustadas y sorprendidas.

Una de ellas, con la bata blanca de doctora, se adelantó ligeramente diciendo:

—Oiga, usted es un terrestre como nosotras, ¿verdad?

Asintió con la cabeza acariciándose por primera vez las guías de su bigote.

—¿Puede decirnos qué va a ser de nosotras?

Kazan soltó un respingo. ¡En menudo compromiso le había puesto! Aquellas jóvenes debían ser empleadas de las plantas atómicas de Oak Ridge, apresadas por los tacomis junto con dos centenares de técnicos, físicos, profesores, guardianes, etc.

—Ignoro qué va a ser de ustedes y de mí mismo —respondió Kazan—. Pero les aseguro que los tacomis no piensan causarles ningún daño. Estén tranquilas.

Siguió pasillo adelante hasta llegar a un departamento en todo

semejante al que acababa de dejar. Entró sin llamar ni pedir permiso.

Niva levantó la cabeza airada.

—¿Entras siempre así en las habitaciones de las damas?

El ruso sonrió ampliamente.

—Entre nosotros sobran los cumplidos. ¿Cómo estás, pequeña? —inquirió clavando su mirada en Tania Gurevich.

Olga Fedorova soltó una sonrisa.

—¿Dónde te has dejado la barba, Dimitri? Por mucho que te adecentes tu aspecto no cambia. Continúas siendo el mismo ser cínico y despreciable. Y la pobre Tania te odia, ¿entiendes?

Kazan apretó los labios en un rictus de dureza.

—No hablo contigo. Me he dirigido a ella. ¿Cómo estás, Tania? —repitió.

Era muy bella y muy joven. Apenas contaría veinte años. Su cabellera trigueña enmarcaba un semblante dulce y bronceado por el sol. Sus ojos eran expresivos y candorosos y su figura esbelta y grácil.

—No te importa saberlo —fue su respuesta—. Cuando antes desaparezcas de mi vista, mejor.

Kazan se volvió hacia Olga que sonreía burlona.

—Esto es obra tuya —dijo amenazadoramente—. Cuida mucho de no interponerte en mi camino.

—¿En qué camino?

—Ya me entiendes —replicó Kazan—. Niva, eres una mujer más juiciosa. Procura que Olga se aparte de Tania, de lo contrario...

Dio media vuelta y salió de la estancia con el rostro congestionado por la ira.

Olga le despidió con una carcajada.

—¿Por qué ríes? —dijo Niva—. Conoces a Kazan tan bien como yo y sabes que es un individuo que no admite bromas.

—No son bromas. Siempre me ha sido antipático.

—¿Por qué? —preguntó Tania en su voz melodiosa que contrastaba con la impregnada de dureza de la ucraniana.

Ésta se encogió de hombros.

—Tal vez porque se muestra como un ser superior. Es un pedante estúpido.

—Dimitri me quiere —dijo a media voz la muchacha.

Oiga rió.

—Sería la primera vez que Kazan amase a una mujer. Carece de sentimientos. Es un mezquino ególatra.

—No hables así —intervino Niva—. Sabes que guarda con Tania

toda clase de consideración. Y tú tienes los nervios algo desquiciados.

—¿Crees que soy una histérica?

—O una amargada.

—¡Ah, vamos! Ya salió el sonsonete de siempre. ¡Pues sí! ¡Estoy amargada! ¿Por qué no decirlo? Pero puede que no lo esté por mucho tiempo. ¿Te has fijado en las miraditas que me dirige Karl Müller?

—¿Hablabais de mí? —dijo la voz del alemán desde el umbral de la puerta.

Las mejillas de la ucraniana se colorearon intensamente.

Karl Müller se adelantó.

—Resulta un placer que se le recuerde a uno. ¿Qué estabais diciendo?

Olga movió los labios sin acertar con la respuesta. Fue Niva la que la salvó del compromiso, diciendo:

—Hablábamos de vuestras barbas. Ha estado aquí Kazan perfectamente rasurado y Olga apostaba a que tú también vendrías afeitado. ¿Vais a tomar parte en algún nuevo concurso masculino de belleza?

Müller no llegó a responder. Un aullido quejumbroso, transmitido por los altavoces, se elevó en el interior de la astronave llevando sus ecos hasta los rincones más apartados.

—¡La señal de alarma! —declaró el alemán—. Voy a ver lo que ocurre.

Corrió por el pasillo, cruzándose con Derek Bedford que acompañaba a su esposa hasta el apartamento de las mujeres.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó.

—Lo ignoro. Dirijámonos a la sala de control. Hasta luego, Lanca.

Derek besó a su mujer y siguió al alemán. Tomaron un ascensor que les llevó basta el piso duodécimo donde se hallaba instalada la cúpula que formaba la sala de control y dirección.

Dimitri Kazan, los tenientes Wilson y Morse, el sargento Garry y el cabo Shandon estaban allí. Temoc, el jeddad de los tacomis; Rumbal, el sut de las máquinas y Yandot, tenían los ojos puestos en las pantallas de televisión.

Ante las preguntas que formularon, el hombre rojo respondió:

—Ha sido divisada una aeronave de Tarka que se dirigía hacia este punto. Repentinamente cambió su rumbo. Los hombres antena saben lo sucedido en Kiyul y envían sus primeros aparatos de exploración. No cesarán hasta expulsarnos de la Luna. Mi hermano

Temoc ha dispuesto que se reconstruya la base de Kiyul y se la refuerce. Algunos platillos volantes han salido de exploración y señalarán con tiempo la proximidad de la flota enemiga. Vamos a proceder a la primera parte de nuestro plan. Seguidme.

Bajaron hasta los amplios camarotes donde se hallaban instalados los prisioneros evadidos del campo de concentración de Sibiriakof, los tripulantes del rompehielos y los pocos soldados que habían sobrevivido a la fuga del comandante Yemeneff en el Polo Norte de la Tierra. Todos vestían trajes de kass y amianto.

Al aparecer Yandot, un silencio respetuoso se adueñó de la sala. Temían y admiraban al hombre rojo, quien durante dos meses les había dirigido a través de los mares árticos con mano férrea. Ejercía sobre ellos un poder psíquico y moral que les hacía creer estar en presencia de un ente poderoso y superior.

Kazan y Müller, en pocas palabras, les pusieron al corriente de las intenciones de los tacomis. La posibilidad de ser desembarcados en la Luna no les atrajo mucho, pero se les aseguró que nada les faltaría, ni comodidades, ni agua, ni comida. Colocados en dos filas pasaron ante dos tacomis, que les fueron proveyendo de escafandras.

Una vez recibidas las necesarias instrucciones para su manejo, se dirigieron en fila, bajo la mirada atenta de Yandot, hacia los ascensores que les dejaron en el segundo piso. Se corrieron unas compuertas y se deslizaron unas rampas hasta el suelo lunar iluminado por un sol de terrible potencia. Pero el traje de kass y amianto protegía al que lo llevaba no sólo del calor, sino también del frío extremo, de las radiaciones atómicas, de los rayos paralizadores y eléctricos y de las bajas corrientes. Varios camiones orugas, conducidos por robots, les tomaron a bordo y les condujeron hacia la próxima metrópoli de Kiyul, donde ya trabajaban en su reconstrucción todos los tacomis disponibles, sus máquinas obreras, poderosas e infernales, los robots, los hombres amarillos de Tumpa, que habían sobrevivido a la terrible matanza, y todos los vehículos de transporte dotados de cerebros electrónicos.

Despachados los antiguos prisioneros de Sibiriakof y sus guardianes, Yandot condujo al grupo de americanos a las salas donde se hallaban los empleados de las fábricas atómicas de Oak Ridge que, víctimas de los rayos paralizadores de los tacomis no habían podido oponerse al rapto de que fueron objeto. Su número ascendía al de doscientos diez, que junto con los ciento cuarenta desembarcados momentos antes hacía un total de trescientos cincuenta terrestres, prisioneros circunstanciales de los tacomis.

Hubo un murmullo de rebeldía y de sorpresa cuando Yandot penetró en la estancia seguido del capitán Bedford y sus hombres.

Derek levantó los brazos imponiendo silencio y relató en pocas palabras cuál era el motivo de que se encontrasen allí y por qué los tacomis habían atacado las fábricas atómicas terrestres.

—Su suerte, como la nuestra, está unida a estos seres; en tanto no derrotemos a los hombres antena, los hombres rojos no emprenderán el regreso a su planeta de origen, por lo que es muy posible que después de vencido el peligro de Tarka nos reintegren a la Tierra. Debemos cooperar con ellos, por lo menos, no desbaratar sus esfuerzos, ya que de éstos depende en gran manera la suerte futura de nuestro mundo. Van a ser desembarcados ustedes en la Luna. Vivirán en una ciudad subterránea perfectamente acondicionada para la existencia humana, dotada de todos los inventos más ultramodernos y donde muchos de ustedes, sabios investigadores, hallarán campo abonado para sus experiencias. Ayudarán ustedes en lo que puedan a la reconstrucción de dicha ciudad, en parte destruida por la lucha sostenida por su conquista con los hombres antena. Pasen a recoger ordenadamente sus equipos, trajes especiales y sus escafandras.

Los terrestres, tras vacilar unos minutos que aprovecharon para formular toda suerte de preguntas, que Derek y sus compañeros se encargaron de responder lo mejor que supieron, accedieron a cambiar sus trajes y a desembarcar en la Luna.

Los camiones orugas, movidos por energía atómica y conducidos por hombres robots, despertaron la admiración de los terrestres como les asombrara lo poco que habían podido ver del interior del *Kipsedón*. La astronave era ahora una cúpula resplandeciente y cegadora en medio del gigantesco cráter lunar. Sus sesenta y cinco metros de altura impresionaban aún más que sus doscientos de diámetro.

A través de un terreno de restos de máquinas excavadoras, tanques esféricos, taladros, bólidos y otras armas mortíferas, restos que los robots se encargaban de recoger para ser reparados o ser transformados en otros artefactos, se dirigieron hacia la montaña cuyas laderas estaban salpicadas de profundos hoyos producidos por las explosiones de las bombas atómicas y proyectiles de la misma naturaleza. A veces un embudo colosal indicaba el lugar donde se había estrellado una aeronave. En la montaña aparecían excavados grandes túneles, por uno de los cuales penetraron en Kiyul.

La Instalación Mecánico Central, en donde se habían visto tan comprometidos Yandot, Kazan y los demás, continuaba funcionando

rítmicamente. La lenta pulsación de su maquinaria semejaba el suave latido de un corazón de gran potencia.

Muchos edificios aparecían destrozados, y los escombros y algunas rocas desprendidas del techo de la gigantesca caverna llenaban las calles. La atmósfera continuaba siendo dorada y los ventiladores la purificaban expulsando las partículas de polvo al espacio. Las máquinas y los robots trabajaban afanosamente aunque, claro es, siempre con el mismo ritmo mecánico. Los tacomis procedían a la instalación de grandes focos y tubos fluorescentes para que la iluminaci6n fuese adecuada al cuadro general de la modernización de la magnífica metrópoli.

Los terrestres se unieron pronto a aquel bullicio, contribuyendo como mejor sabían a la restauración de las defensas e instalaciones de Kiyul.

Los días pasaron rápidamente. El anuncio de la proximidad de la flota enemiga no llegaba a materializarse. Las naves satélites del *Kipsedón* patrullaban incesantemente por el espacio, pero no se advertía ninguna señal de los hombres antena. En los descansos de instrucción y trabajo, Müller paseaba con Olga mostrándole los recovecos de la ciudad. Derek Bedford hacia lo propio con Lanca, y Kazan perseguía incansable y tenaz a Tania, sin que la muchacha le prestase demasiada atención, resentida por haber sido separada rudamente de su padre.

Yandot era infatigable. Ayudaba a sus hermanos en la dirección de los trabajos, prestaba su concurso allí donde hacía falta la ayuda de unos brazos poderosos, y cuando por casualidad se cruzaba con Niva la miraba silenciosamente y proseguía su camino o trabajo. Nunca pronunciaba la menor palabra a pesar de que sus miradas eran advertidas por la rusa. Continuaba en la creencia de que era mejor no intentar penetrar en los pensamientos de una mujer que podía considerarle como una especie de fenómeno. Pues ¿no era cierto que su aspecto físico dejaba mucho que desear si se le comparaba con el de un terrestre? Y una mujer, ¿no se sentía atraída la mayor parte de las veces por la presencia física más que por los dones intelectuales y morales de un individuo?

Así opinaba el hombre rojo y por eso procuraba no pensar demasiado en Niva. Pero la rusa le había sorbido el seso. Él sólo había visto a las mujeres de Tacom a través de cintas y películas impresionadas cien años atrás. Pero la primera mujer que había admirado y estudiado de cerca era aquella terrestre, pletórica de belleza y de cabellos dorados como la mies, que tan poderosa influencia ejercía en él, siempre acostumbrado a ver caras

arrugadas y avejentadas.

Wilson, Morse, Garry y Shandon se aprovechaban de su situación para aproximarse a las mujeres que los tacomis mantenían aparte. Ello les ayudaba a soportar agradablemente el tiempo.

* * *

Derek Bedford condujo el vehículo por las calles de Kiyul hasta el interior de una construcción en forma de nave, frenando a poca distancia de una plataforma de lanzamiento. Ayudó a bajar a Lanca, mientras Olga, Niva y Tania lo hacían por su propio pie.

Los hombres amarillos de Tumpa trabajaban dando los últimos toques al dispositivo de lanzamiento de los aerocohetes. Un tractor, conducido por otro tumpi, colocaba en su lugar una de las negras aeronaves.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Lanca.

—Acaban de reconstruir la plataforma —contestó el capitán—. Van a probar si funciona.

Tania Gurevich miraba con ojos perspicaces el ajetreo de los hombres amarillos y de los robots que les ayudaban en su labor. De pronto abrió la boca para lanzar un grito que se le heló en la misma garganta. Giró los ojos en sus órbitas a causa del terror que la dominaba. Vio una aparición que se le antojó fantasmal y horrible. Una cabeza pelada provista de cuatro antenas, dos de las cuales, las más largas, arrancaban de unos ojos blancos sin expresión. Aquella cabeza aplanada carecía de cejas y nariz, sustituida ésta por tres orificios diminutos. La boca era horrible…

Aquella fantástica criatura dio un salto tremendo y cayó sobre ella, aprisionándola con terrible fuerza. Tania chilló, entonces, aterrorizada.

Derek se volvió a tiempo de ver surgir a media docena de hombres antena que se arrojaron en tromba sobre él. Cuatro de ellos empuñaban fusiles eléctricos. Descargó el puño sobre el rostro de un adversario, derribándole al suelo, pero antes de que lograra oponer una más seria defensa, recibió un culatazo en la frente que le hizo caer desvanecido.

Los tres hombres amarillos saltaron sobre sus armas, pero los tarkas dispararon sus fusiles. Surgieron unos chispazos azules y los auxiliares de los tacomis se inmovilizaron bruscamente, percibiéndose un olor a carnes chamuscadas. Cayeron sin soltar el menor grito.

Lanca Hoppel se debatía en brazos de un individuo muy corpulento, mientras Niva intentaba escapar del abrazo de un

hombre antena a quien recordaba por haber sido llevada a su presencia cuando estuvo prisionera en Kiyul. Se trataba de Ta-Sal, el jeddad de la base tarka. Olga corrió hacia la salida de la construcción, pero un tarka le interceptó el paso, asiéndola hábilmente por la cintura y alzándola en vilo.

Los seis hombres antena, llevando en sus brazos a las cuatro mujeres, corrieron hacia el aerocohete.

Dos robots se acercaron dando saltos y empuñando pistolas eléctricas. Ta-Sal levantó su fusil atómico y disparó contra ellos. Los robots se desintegraron en pedazos en medio de formidables explosiones.

En el momento que subían al aerocohete apareció Yandot en la puerta de la construcción taller, seguido de Kazan y varios tacomis. El ruso blanco ahogó un rugido de rabia y se llevó el fusil al hombro, mas Yandot se lo arrebató de un tirón.

—No dispares. Podrías herir o matar a las mujeres.

—¿Y vamos a consentir que esos tipos se las lleven?

—Los hombres antena pretenden escudarse ellas para huir.

—Es preciso impedirles que despeguen —exclamó nervioso Kazan.

—Lo único que procede hacer es dar aviso al *Kipsedón* para que no disparen contra el aerocohete. Le daremos caza con las esferas volantes. Los hombres antena cambiarán gustosos sus vidas por las prisioneras.

Una ráfaga de aire propulsado por los reactores del aerocohete estuvo a punto de derribarles. Al ruido de los motores, Derek se incorporó, soltó un grito y echó a correr hacia la plataforma. Pero antes de que llegara a sus proximidades la aeronave tarka salió lanzada al espacio a una velocidad cegadora.

Yandot se encaramó al asiento de un camión oruga, tomó un micrófono y se puso a hablar guturalmente. Por la calle llegaron corriendo Karl Müller y varios tacomis.

—¿De dónde salieron esos hombres antena? —le preguntó Kazan.

—Consiguieron escapar matando a los guardianes. Afortunadamente llegamos a tiempo de impedir la fuga del resto de los prisioneros. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Han huido en un aerocohete llevándose consigo a la señora Bedford, a Niva, Olga y Tania.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Vamos. Yandot nos hace señas de que subamos.

Derek se les unió. En su semblante se reflejaba la desesperación que le amargaba.

Conducido por las manos hábiles del hombre rojo, el camión salió de la metrópoli por uno los túneles. Tuvieron que colocarse las escafandras que les protegían de los ardores del sol y les suministraban el oxígeno necesario para respirar.

Una vez en el *Kipsedón* saltaron del vehículo y se dirigieron hacia los hangares de la astronave. Los hombres del capitán estaban allí.

—Nos hemos enterado de lo ocurrido —dijo Wilson—. Cuente con nosotros, señor.

Apareció el profesor Hoppel dispuesto también a tomar parte en la persecución. Subió a la esfera de Yandot, en la que ya habían tomado su puesto el capitán, Müller y Kazan. Los otros cuatro americanos se acomodaron inmediatamente en una segunda aeronave.

Las paredes de las esferas eran gruesas, casi de cuatro pies. En rigor constaba de una dermis liviana de kass, debajo de la cual se acumulaba, capa tras capa, el amianto, entrelazado de tuberías de refrigeración, de cañerías y de alambres, de misteriosos canalillos relacionados con el manejo del aparato. El interior de las esferas era circular; la maquinaria ocupaba el centro de la aeronave y a su alrededor había un corredor circular que daba la vuelta completa por el interior de la esfera. Pero lo más notable era, sin duda, el hecho de que la cabina de mando carecía de techo y de suelos, dada la disposición del mecanismo del vehículo. Estaban armados de cañones y proyectores de toda naturaleza, cargados, apuntados y disparados por perfeccionadísimos cerebros electrónicos.

A una orden gutural de Yandot, las dos esferas abandonaron suavemente el *Kipsedón* y un minuto después se elevaban en el espacio a increíble velocidad.

Yandot aceleró la marcha e iluminó las pantallas de televisión poniendo en funcionamiento el aparato de radar. Aparecieron tres ecos en la pantalla de radar, dos de los cuales pertenecían a los platillos volantes que patrullaban por el espacio precisamente en el camino que seguía el aerocohete fugitivo.

Los cerebros electrónicos dieron la distancia, velocidad y posición de la aeronave de Tarka.

—Distancia: treinta mil kilómetros —tradujo Yandot—. Velocidad con aceleración creciente: sesenta mil.

Derek sintió que la esfera se hundía bajo sus pies. Jamás podrían alcanzar a la nave fugitiva. Tampoco los platillos volantes que

volaban al encuentro de los hombres antena podían interceptar su ruta.

Un minuto más tarde la velocidad de las esferas había rebasado los cuarenta mil, pero el aerocohete había aumentado considerablemente la distancia que le separaba de sus perseguidores. Por el radar seguían su trayectoria. Los dos platillos estaban muy cerca del enemigo y constantemente enviaban partes por radio a Yandot.

Súbitamente uno de los ecos desapareció de la pantalla de radar. A través de la televisión, imágenes obtenidas por un potente telescopio, pudo verse un diminuto fulgor en el espacio inconmensurable que más bien parecía el rastro de una estrella fugaz.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber el alemán.

—Un platillo volante acaba de ser destruido —declaró Yandot con su voz inexpresiva—. Di órdenes de que no dispararan contra el aerocohete y los hombres antena se han aprovechado de esta circunstancia para lanzar impunemente sus torpedos.

—¿Hacia dónde se dirige? —inquirió Kazan.

—No lo sabemos todavía. Parece que se han desviado del camino de Marte. Es muy extraño.

—¿Adelantamos algo?

—Al contrario. Durante bastante tiempo perdemos distancia, pero luego recuperaremos los kilómetros perdidos y los iremos adelantando poco a poco. La velocidad de las esferas es superior y se impondrá cuanto mayor sea la distancia a recorrer. Nos pondremos en contacto con Ta-Sal ofreciéndole la libertad a cambio de la vida de las prisioneras. Creo que aceptará.

—A no ser que considere que teniendo a las mujeres en su poder está libre de todo ataque por nuestra parte y no acceda a desprenderse fácilmente de sus rehenes

Yandot nada dijo. Nadie era capaz de adivinar los pensamientos que cruzaron por su mente. Müller, en cambio, contraía la boca en un rictus de amargura, clásico ya en él. Estaba enamorado de Olga Fedorova y, aunque no estaba seguro de ser correspondido, le había causado una dolorosa impresión su captura por los audaces hombres antena. Derek Bedford aparecía muy abatido. Estuvo separado de su mujer durarte seis meses hasta que aquella providencial aparición de los platillos volantes sobre la Tierra les unió en el Polo Norte. La felicidad de saberse querido por su esposa le había durado bien poco. ¿Qué trágico destino aguardaba a Lanca en manos de los despiadados enemigos de Tacom?

En el rostro sereno del profesor Hoppel se advertía la preocupación que le causaba el hecho de que su hija Lanca estuviese en peligro. Más cristiano que los demás, rogaba a Dios por la suerte de su único vástago.

Dimitri Kazan, por su parte, maldecía a todos los hombres antena de un modo copioso. Por primera vez en su vida le remordía la conciencia por haber llevado a Tania consigo arrancándola despiadadamente de su familia y de su tierra. Si no lo hubiese hecho, la muchacha podría haber sido feliz con los suyos, mientras que ahora, ¿a qué clase de suplicios físicos y morales estaba expuesta en manos de los tarkas?

Retumbó la voz gutural de Yandot en el interior de la esfera:

—El aerocohete ha cambiado inesperadamente de rumbo. Ta-Sal ha debido comprender que le alcanzaríamos si se dirigía a Marte y ha puesto su proa hacia Venus.

¡Venus! La sorpresa dominó por unos instantes a los terrestres. ¡Venus! El planeta desconocido, rodeado de perpetuas nubes que enturbian la visión de su contextura y superficie. ¡Venus! ¿Qué peligros ignotos y terribles les aguardaban allí? ¿Acaso los hombres antena habían establecido alguna base en aquel planeta, el lucero vespertino de los romanos?

CAPÍTULO III

LOS PELIGROS DE VENUS

Como en otras ocasiones desde que los tacomis aparecieron sobre la Tierra, el terror atenazaba el corazón de Lanca y sus compañeras. El interior del aerocohete estaba sumido en una leve penumbra que apenas dejaba paso libre a la visión. Sin embargo los hombres antena se movían como si estuviesen en pleno día, pero había que contar que a ellos en nada les perjudicaba la falta de luz; antes al contrario, se movían mejor a oscuras guiándose por las ondas que recogían sus antenas.

Si las aeronaves tacomis maravillaban por su silencio casi absoluto, el aerocohete tarka asombraba por la profusión de sonidos distintos que servían a los seres de Tarka para recoger los sonidos, base de su idioma, y captarlos a través de las antenas de oído.

Los silbidos se confundían con pequeños chirridos y una gama abundante de diferentes sonidos. La explicación era sencilla: Todos los aparatos de a bordo estaban construidos de modo que reflejaban por medio de sonidos las distintas impresiones que recogían.

Las cuatro jóvenes se apretujaban unas contra otras en un afán de zafarse de la contemplación detectada de los hombres antena. Éstos, desde que despegaron de Kiyul, no las habían molestado lo más mínimo. A veces las mujeres percibían sus chillidos o adivinaban sus figuras moviéndose en las tinieblas.

Todo era negro allí dentro. Parecían estar en el interior de un mausoleo tenebroso.

Pocas palabras habían intercambiado entre ellas. Fue al notar una leve sacudida cuando Olga, surgiendo de su letargo nervioso, comentó:

—¿Qué va a ser de nosotras? ¿Creéis que intentarán rescatarnos?

—Estoy segura de ello —afirmó Niva—. Pero no confiemos mucho en esa posibilidad. Una nave es nada en medio del espacio y dificilísima de hallar, según tengo entendido.

—Sin embargo —intervino Lanca—, yo confío en Yandot. El hombre rojo es un ser poderoso y lleno de recursos y no cejará hasta encontrarnos o vengar nuestra muerte.

—Triste consuelo —murmuró Olga.

Tras un leve silencio fue Tania la que rompió el hilo de pensamientos de cada una formulando una pregunta cuya respuesta todas hubiesen deseado conocer pero que ninguna sabía.

—¿Hacia dónde nos llevan?

—No lo sabemos —contestó Niva compasiva—. No temas, muchacha. Siempre queda alguna esperanza.

El tiempo pasó muy lentamente. Ignoraban a dónde se dirigían y cuál iba a ser su suerte. A intervalos de cinco o seis horas, un hombre antena se acercaba y les entregaba unos comprimidos que las mujeres ingerían bajo pena de morir de hambre y sed si no lo hacían. La actitud de los hombres antena les indicaba que éstos no abrigaban malas intenciones y que deseaban, por el momento, conservarles la vida.

Agotadas por la tensión y el sueño, tuvieron que descansar y dormir, mas concibieron el proyecto de que una por lo menos velase el sueño de las demás. Tania fue despertada por Lanca. La muchacha inició su guardia con buena voluntad, pero el sueño volvió a apoderarse de sus párpados que se cerraron a pesar de todos sus esfuerzos en mantenerlos abiertos.

De repente, el contacto de algo blancuzco sobre sus mejillas le despertó sobresaltada. Vio los dedos provistos de ventosas de un hombre antena delante de sus ojos. El grito de espanto que escapó de su garganta despertó a las demás. El horrible ser soltó un silbido agudo. Súbitamente una sacudida lo lanzó hacia atrás. Las mujeres se miraron aunque apenas podían ver sus pálidos semblantes. Otra sacudida más fuerte que la anterior las arrojó unas contra otras en apiñado montón. Olga unió sus gritos a los de Tania.

Nueva sacudida que las lanzó hacia la parte trasera del aerocohete. Luego la proa de la nave pareció hundirse y las jóvenes dejaron de sentir la sensación de flotabilidad que durante el viaje se apoderó de sus cuerpos.

Se asieron a lo que humanamente les fue posible. Luego la proa se enderezó por un milagro de estabilidad al tiempo que los chillidos de los hombres antena les aturdían los oídos. Una sacudida repentina y brutal les causó el mismo efecto que la explosión de una bomba.

Definitivamente la aeronave caía hacia un abismo al parecer sin fondo. Esta vez sintieron como un leve choque, un rugido extraordinario y finalmente un aplastamiento terrible.

La fuerza del choque las arrojó brutalmente contra las paredes del aparato. Niva sintió un tremendo golpe en el entrecejo. Un millón de brillantes estrellitas saltó ante sus ojos. A continuación perdió el sentido. Olga y Tania fueron empujadas hacia atrás, chocaron contra algo metálico y cayeron al suelo donde quedaron completamente inmóviles. Lanca empero, algo aturdida, conservó

las facultades mentales despiertas. Se dio perfecta cuenta de que la nave de Tarka había chocado con un obstáculo poderoso.

Un lienzo lateral de la nave se corrió y sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, fueron heridos por una luz que se le antojó vivísima. A través de la abertura dejada distinguió una verde y exuberante vegetación. Una bocanada pestilente a cieno y putrefacción con algo de anhídrido carbónico la mareó. Aquellas emanaciones mefíticas le hicieron perder el equilibrio. Y al ver la figura de un hombre antena que se le aproximaba, no pudo resistir más y se desmayó.

* * *

Müller señaló el planeta Venus.

—¿Cómo es? —preguntó

De momento nadie le respondió, fija como estaba su atención en las imágenes que recogían los telescopios y reflejaban las pantallas de televisión. Fue el profesor Hoppel el mejor informado de cuantos iban allí, el encargado de contestar:

—Venus tiene aproximadamente las mismas dimensiones que la Tierra. Es el lucero del alba o la estrella matutina, uno de los astros más rutilantes del firmamento. Es también el Hésperos de los griegos o el lucero de la tarde, el primero que aparece en las alturas a la entrada de la noche. Dista de nuestro mundo 42 millones de kilómetros, siendo en consecuencia, el astro más cercano a nosotros después de la Luna.

—¿Posee atmósfera?

—Desde luego, mas se la supone tan densa y tan cargada de ácido carbónico que nosotros no podríamos respirar en ella. Además, como la rotación sobre su eje es sumamente lenta, los rayos solares se remansan sobre ella y le dan una temperatura más que asfixiante, la del agua hirviendo. Se advierte también en su atmósfera la presencia de gran cantidad de vapor de agua, lo que indica que no ha de tener mares ni agua alguna sobre la superficie. No busquemos, pues, vida en lucero del alba, al menos vida como la nuestra, porque no tiene las mínimas condiciones necesarias para ella.

El alemán señaló entonces hacia la pantalla de televisión.

—¿Son esas nubes las que ocultan su superficie a la inspección de nuestros más potentes telescopios?

—Efectivamente. Así es. La superficie de Venus está permanentemente cubierta de nubes, o su envoltura gaseosa es tan brumosa que el Sol no puede atravesarla. La luz que nos llega de Venus es el fruto de una reflexión en aquellas nubes, o de la

dispersión en el seno de su atmósfera. Se ha pretendido eliminar este inconveniente mediante el empleo de placas sensibilizadas a las radiaciones infrarrojas de gran longitud de onda, pero Venus, celoso de cuanto hay en su superficie, no ha respondido tampoco a este recurso que ha descubierto tantas cosas ocultas. Todo lo que se puede decir de la superficie visible de Venus, es que consiste en una capa de nubes permanentes que no se puede atravesar y que están a un nivel bastante alto por encima de la verdadera superficie del planeta.

—Yo opino de modo distinto —intervino Kazan que había seguido las explicaciones del profesor con gran interés—. Estoy por asegurar que en Venus existe oxígeno y por tanto agua. Su temperatura debe oscilar alrededor de los 60 grados, y la vegetación es, sin duda, lujuriante. En su superficie abundan extensos océanos y sus inmensos bosques y pantanos deben estar poblados de grandes animales como los de nuestra época prehistórica. La atmósfera está rarificada y asfixiante.

Tres días llevaban transcurridos desde que partieran de la Luna en seguimiento del aerocohete de Tarka. Un platillo volante había sido destruido al pretender cortar su ruta. El otro recibió órdenes de Yandot de retirarse a la Luna. El hombre rojo intentó ponerse en contacto con Ta-Sal, aunque en vano, sólo el silencio respondió a sus llamadas. Yandot no comprendía por qué motivo los hombres antena se dirigían hacia Venus siendo así que, aparentemente, no contaban con bases en este astro y sí, en cambio en Marte y en Júpiter

Tres días según la cuenta de sus relojes, pues en el interior de la esfera la luz era siempre la misma, suave y azul procedente de varios tubos metidos entre las paredes de manera harto original, mientras que allá fuera las estrellas seguían brillando con una luz inmutable a excepción de la que reflejaba la Tierra. Ésta y su satélite habían ido disminuyendo de tamaño, y la primera era al tercer día una lejana, pequeña y brillante estrella, recordándoles a todas horas a los terrestres cuán lejos estaban sus posibilidades de poder regresar a ella.

Yandot soltó una exclamación gutural. Al instante, un tacomis de rostro arrugadísimo, caminando asido a una especie de pasamanos por el techo, tiró de una palanca. Yandot oprimió un conmutador y las paredes de la esfera se convirtieron en transparentes como el vidrio.

—Nos estamos acercando a Venus —indicó Yandot.

Todos miraron a través del kass de que estaba construida la

esfera. Mirando hacia abajo vieron como un dilatado mar de nubes blanquísimas. El espacio ya no era total y espantosamente negro, sino que ahora tenía una suave y difusa coloración azul.

El aparato de radar había dejado de señalar la existencia del aerocohete tarka hacía más de un cuarto de hora.

—¿Vamos a penetrar en esa atmósfera? —inquirió ligeramente impresionado Müller.

—Ahí es donde ha desaparecido la nave de los hombres antena —dijo Derek—, y ahí es donde debemos buscar.

Yandot frenaba el impulso de la esfera haciendo funcionar unos reactores de fuerza contraria al sentido de la impulsión. Además, llegado el momento, Yandot anularía la fuerza de la inercia e incluso la de la gravedad, por lo que el posible aterrizaje en Venus no presentaba para los tacomis la menor dificultad.

Las esferas, descendiendo suavemente penetraron en el mar blanco de nubes. El mundo pareció convertirse en un color gris y bilioso. La visibilidad natural desapareció, pero Yandot puso en funcionamiento los proyectores que poseía la esfera de luz infrarroja.

—¡Diablos! —masculló el alemán—. ¡Éste es un lugar desagradable!

—En efecto, pone los pelos de punta —murmuró Bedford—. ¡Cáspita! Mirad la cosa que hay allí.

Todos los ojos miraron en la dirección que su brazo extendido señaló. Podía haber sido una nube sucia y torturada a juzgar por la manera como cambiaba de forma en medio de convulsiones. Luego desapareció, succionando tras sí parte del vapor gris.

—¡Seguramente estoy viendo visiones! —tartamudeó el capitán.

—¿Qué fue ello? —gritó Müller—. ¿Qué era esa cosa en la nube? Parecía tan grande como esta esfera.

—¡No era tan grande! —balbuceó Derek—. ¡Pero es lo más feo que he visto en mi vida!

—¿Acaso no se trataba del aparato de Tarka? —inquirió Kazan.

—No. ¡Era un animal, un ser viviente! ¡Algo infernal!

Kazan se volvió a Yandot.

—¿Lo viste tú, hombre rojo?

—No. Ni siquiera los aparatos de radar detectaron nada.

—Salimos de las nubes —dijo Müller.

Mirando hacia abajo divisaron un espectáculo extraordinario. Dos volcanes proyectaban espesas columnas de humo a ambos lados de un valle de vegetación exuberante y verde. En el fondo se extendía un lago de barro, largo y estrecho. Una costra semejante al

asfalto y al parecer durísima, cubría el lago que, a juzgar por el calor del aire húmedo que se precipitaba hacia las capas superiores, debía estar casi candente.

Probablemente ese asombroso lago de barro llegaba, en forma de herradura, a dividir en dos el valle, uniendo los extremos las corrientes de lava que se desprendían de ambos volcanes. Una pared natural de lava lo limitaba por uno de los lados, bien encima del suelo.

Yandot tenía fijos los ojos en la pantalla de radar, pero ninguna variación y ni el menor rastro del aerocohete tarka aparecía por ninguna parte.

—¿Será posible que los hombres antena tengan una base secreta en este planeta? —inquirió Kazan.

—Pronto lo averiguaremos —contestó Yandot haciendo descender la aeronave.

Las esferas se deslizaron cercanas al terreno volando hacia el lago de barro.

A una orden gutural de Yandot, un tacomis empuñó un cañón, enfocándolo hacia el lago y disparando un proyectil atómico.

La explosión rompió la ostra de barro. Al instante se produjo una erupción. La columna de un géiser de barro hirviente, semejante a lava, se elevó unos cientos de pies impulsado por la presión del vapor concentrado bajo la costra.

El vapor lanzaba un rugido ensordecedor que se percibía a través de los altavoces conectados oportunamente por el hombre rojo. Unos crujidos estruendosos barrieron el lago de barro cuando la costra se posó. De innumerables lugares surgieron erupciones menores. El vapor, surgiendo y elevándose por todas partes, envolvió a las esferas que volaban casi a ras de tierra.

Los terrestres miraron sorprendidos a Yandot, pues no comprendían el objeto de aquel disparo.

El hombre rojo, que estaba leyendo en sus mentes, explicó:

—Quería saber poco más o menos la temperatura reinante en este lago de barro. Al mismo tiempo llamaremos la atención de cualquier ser viviente que se halle por los alrededores, y si las mujeres oyen la explosión sabrán que no las hemos abandonado.

De pronto miró la pantalla de televisión. Luego fijó sus ojos en la del radar. Un eco batía intermitentemente cerca del centro de detección.

Yandot gruñó varias órdenes. Inmediatamente, las esferas describieron un leve semicírculo y, cruzando sobre el lago, se dirigieron hacia uno de los puntos donde la espesura de la

vegetación parecía mayor.

—¡Allí! ¡Entre aquellos árboles gigantescos! —gritó Derek.

En un pequeño claro entre la selva umbría se veía la negra contextura de un aerocohete tarka. Debía haber chocado con terrible violencia contra los árboles y su proa aparecía aplastada y retorcida. No se advertía el menor movimiento dentro ni a su alrededor.

—¿Es ésa la nave que perseguimos? —preguntó Müller.

Yandot asintió con la cabeza.

—¿Qué habrá pasado? —exclamó Kazan—. ¿Acaso se han estrellado al no poder aterrizar?

—Eso debe haber sido —barruntó Derek—. Pero es muy extraño.

Yandot manipuló en los mandos y la esfera descendió sobre el calvero. A pocos metros del suelo estacionó la aeronave y requirió el auxilio de unos potentes prismáticos electrónicos para explorar con atención la manigua. Los terrestres pudieron apreciar a simple vista que un lienzo de la pared lateral estaba corrido, lo cual indicaba que algún tripulante se había salvado del choque. El estado de ánimo de los terrícolas era deprimente del todo. Derek sentía un dolor intenso que le impedía pronunciar palabra.

—No se ven señales de vida —dijo Kazan. Parecía más sereno que los demás, mas sabía ocultar sus emociones—. Ni tampoco algún cuerpo tendido por los alrededores.

—Es de suponer —comentó Müller haciendo un poderoso esfuerzo— que los hombres antena, en caso de haber logrado escapar de la catástrofe, se habrán llevado consigo las mujeres proveyéndolas antes de escafandras, porque dudo que el aire de este planeta sea respirable.

El hombre rojo transmitió unas palabras por el micrófono de la pantalla de televisión, e hizo descender todavía más la esfera hasta posarla junto al destruido aerocohete.

A través de las paredes de kass pudieron apreciar con toda nitidez el terreno circundante, el estado de la flora, aunque no distinguieron el más leve signo de vida animal. La nave tarka era una alargada mole incrustada entre varios helechos de gigantescas proporciones.

Se cubrieron con las escafandras al ver que lo hacía Yandot y siguieron a éste cuando abrió la puerta y la consabida rampa se tendió hasta el suelo. Empuñaron decididos sus correspondientes armas. La segunda esfera, estacionada en lo alto, vigilaba ante cualquier posible contingencia.

Convenientemente distanciados y sin olvidar las más

elementales normas de seguridad, se aproximaron a la aeronave tarka. De un ágil salto el hombre rojo se encaramó a bordo, haciendo seña a sus acompañantes para que se quedaran en tierra de Venus. Reapareció un minuto después saltando junto a Derek.

El capitán le asió de un brazo preguntando nervioso y entrecortadamente:

—¿Has… encontrado… alguna… señal de las mujeres?

Yandot negó con la cabeza y la esperanza, como por ensalmo, brotó en los corazones de los tres hombres que estaban pendientes de su respuesta.

El tacomis, fusil atómico en mano, escrutó con atención el terreno. Sus ojos profundos intentaban horadar aquel mundo vaporoso. Luego, ante la estupefacción de los demás, se quitó la escafandra. El aire era tan cálido que trastornaba y poseía una fragancia extraña e inusitada.

Semejaba aquello la atmósfera de un invernadero, impregnado del olor de las plantas rancias y putrefactas. A continuación, Yandot volvió a colocarse la escafandra.

—El aire es perfectamente respirable —comunicó—. Algo enrarecido, pero bueno. Los hombres antena se han alejado en esa dirección —señaló hacia la espesura. Llevan las mujeres consigo, las cuatro. El aerocohete no se estrelló, sino que…

—¡Cuidado! ¿Qué es eso? —exclamó Müller. Su voz sonó estridente—. ¡A la derecha! ¡Ese monstruo volador vuelve otra vez!

La masa negra y maligna que divisaron cuando atravesaban la masa de nubes blancas reapareció entre los vapores grisáceos que inundaban la superficie del lago de barro próximo. Pero entonces todos tuvieron ocasión de verlo con claridad: podían contemplar perfectamente el espeluznante monstruo que, como pesadilla infernal, surgía ante sus ojos incrédulos.

¡El monstruo volaba en aquel momento describiendo círculos alrededor de la esfera estacionada en el aire! Sus diabólicos ojos, clavados en el aparato, dudaban en atacarle. Tenía unas mandíbulas horripilantes, largas como el cuerpo un hombre y sembradas de dientes cónicos y afiladísimos. El cuerpo no tenía pelo ni plumas sino que se veía cubierto de una piel curtida y repugnante.

Lo más asqueroso de todo eran las alas, pues eran membranosas como las de un murciélago; cuando se plegaban y desplegaban en vuelo, aleteaban como una enorme lona gris y sucia. En la punta de la primera articulación de las alas había cuatro largos dedos armados de terribles y afiladas garras.

El horripilante monstruo dio de repente rienda suelta a su grito.

Se trataba de una fantástica combinación de rugidos y aullidos, unos sonidos de tal volumen que cualquier otro sonido por fuerte que fuese quedaba reducido a una cosa insignificante. Y el aullido tenía un final tan tenebroso como su nota: se detuvo de una manera que daba la impresión nauseabunda de que el ruido mismo ahogó al monstruo.

—¡Es un pterodáctilo prehistórico! —gritó el profesor Hoppel—. ¡Eso es lo que es!

—¿Un qué? —gruñó Müller.

—Un pterodáctilo, un reptil volador del orden de los pterosaurios. En la Tierra se supone que se extinguieron al final de la época mesozoica.

—Pues esa suposición no reza en este planeta —resopló el alemán—. ¡Usted mismo lo puede ver!

¡El horrible reptil volador abría poco a poco sus enormes mandíbulas armadas de grandes dientes cónicos!

De repente, de la esfera surgió un chorro de fuego que dio de lleno en el cuerpo del reptil volador que inició un grito penetrante capaz de erizar los pelos, terminando en un largo y agudo balido. El animal cayó convertido en una antorcha humeante.

Müller rió.

—Ahora respiro a pleno pulmón. Ahora...

Otro pterodáctilo prehistórico surgió del vapor; una cosa gigantesca y fantástica que embistió a la esfera posada en tierra de Venus.

Yandot se llevó el fusil a la cara y disparó con tan certera puntería que el monstruo desapareció desintegrado en medio de una gigantesca explosión que retumbó en todo el valle de una forma estruendosa.

—¡Vaya bicho! —dijo el alemán—. Son capaces triturar a un hombre con sus dientes en menos un segundo.

A lo lejos se escuchó una serie de ruidos imprecisos. Yandot, apretando un botón de su cinto, habló con los tripulantes de la segunda esfera que bajó junto a la otra. Descendieron los tenientes Wilson y Morse, el sargento John Garry y el cabo Jim Shandon.

—¡Centellas! —exclamó el primero—. Nunca creí que existieran animales de ese género. Éste es un planeta muy poco agradable. ¿Qué hay de su señora y de las rusas, señor?

—Los hombres antena se las han llevado hacia la espesura.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber Morse apretando nervioso su fusil electrónico.

Todos se volvieron hacia Yandot.

—Seguiremos sus huellas —dijo el hombre rojo—. Desde el aire es materialmente imposible descubrir un ser viviente que camine por debajo de esa verde techumbre. Nos equiparemos convenientemente para una misión que estará sembrada de obstáculos de todo género, de los cuáles el más insignificante será el que puedan representar los hombres antena. Una esfera nos seguirá por el aire para estar continuamente en contacto con nosotros. La otra explorará el terreno a mayor altura y distancia.

El equiparse convenientemente les llevó muy pocos minutos. Emisora portátil de gran longitud de onda, linterna, granadas de mano, provisiones, machetes, fusil y pistolas.

Instantes después Yandot abría la marcha hacia la espesura, seguido de Derek Bedford, del profesor, que no quiso quedarse en la esfera, Kazan, Müller y los cuatro americanos, la tripulación del Boeing RB47-E, el aparato de observación que fuera obligado a descender sobre el Polo Norte por los tacomis. Cerraba la marcha el cabo Shandon, a quien no le gustaban nada aquellos tenebrosos parajes.

El suelo era blando como si lo acabaran de arar. La fronda de unos helechos colosales les ocultaron enseguida el cielo débilmente iluminado por los rayos solares impotentes para penetrar la atmósfera que rodeaba a Venus.

La vegetación era un laberinto de plantas trepadoras y siemprevivas. Helechos menores formaban una alfombra esponjosa. Se abrían paso en la verde telaraña a fuerza de machetazos que Yandot descargaba con la regularidad de una máquina y, al parecer, sin cansarse. El hombre rojo seguía la senda abierta por los tarkas.

De súbito, apenas llevarían adelantadas unas seiscientas yardas, surgió a su izquierda un estruendo espantoso. Un grito penetrante, parecido a una trompeta, retumbó por todo el valle. Unos chillidos bestiales hendieron el espacio. Los crujidos de ramas rompiéndose y los ruidos sordos de cuerpos gigantescos que con sus pisadas hacían temblar la tierra, formaban un concierto de pesadilla que estremecía al más osado.

Continuaron avanzando lo más aprisa que les permitía la floresta y el machete rítmico de Yandot. El horrible alboroto cesó de repente. ¡Pero fue reemplazado por un ruido seco que parecía provenir de algún monstruo volando! El estruendo se alejaba con la velocidad de un tren expreso.

Yandot gruñó, según su costumbre. Y, como siempre, aquel gruñido transmitía un mensaje claro. Indicaba silencio. ¡La muerte rondaba!

El profesor Hoppel era, de todos, quien con más claridad comprendió el gruñido del hombre rojo. Aquel concierto que oyeran minutos antes significaba una batalla a muerte entre dos gigantes de un mundo de reptiles prehistóricos. Reconoció también las plantas que le rodeaban. Algunas se habían extinguido hacía milenios en la Tierra.

Habían arribado a un mundo que seguía una evolución semejante a la de la Tierra, un planeta espeluznante, infernal, donde la fuerza era la única ley.

¡De pronto, se percibió muy cerca el jadear de un animal gigantesco! La respiración era acelerada, como si hubiese estado librando una batalla mortal.

La vegetación crujió cuando el coloso entró en acción.

¡Estaba embistiendo a Yandot!

CAPÍTULO IV

ACECHA LA MUERTE

Cambiando de posición con la rapidez de una centella, el tacomis quedó en presencia de un monstruo tan terrible y repugnante como jamás contemplaron ojos humanos.

El horroroso animal surgió del vapor como una casa alta, saltando sobre las patas traseras, fuertes y macizas, y balanceándose por medio de una enorme cola, semejante a un canguro.

Las dos patas delanteras eran pequeñas, como cuerdas cortas colgando. ¡Sin embargo, a pesar de su ridícula presencia, eran más gruesas que el cuerpo de Yandot!

A la terrible aparición acompañaba el repugnante olor de un animal carnívoro, hediondo y putrefacto. La piel del monstruo se parecía a la de los cocodrilos. Sus garras eran armas terribles de ataque, de tales dimensiones que con facilidad podrían hacer presa y aplastar a un toro grande. Sus dientes servían de armas a un hocico de tamaño tan inverosímil como el resto del coloso prehistórico.

Tan grande era el peso del animal que sus pies se hundían en la tierra esponjosa cerca de dos metros a cada brinco.

—¿Qué es eso, profesor? —gritó Wilson.

—¡Un tiranosaurio! —respondió el astrónomo—. ¡Estén alertas!

El monstruoso animal, después de pasar saltando por el lado de Yandot, se detuvo en seco. Un instante después el animal embistió en dirección del sonido de la voz.

—¡Esquívelo, teniente! —tronó el astrónomo—. ¡Esquívelo! Esa bestia posee probablemente un cerebro pesado, lo cual se supone fue una característica de los dinosaurios prehistóricos. ¡Apártese de su paso y transcurrirán varios segundos antes de que pueda decidirse a seguirlo!

Crujieron unos arbustos. Luego del fusil eléctrico de Wilson salió un chispazo azul. Los arbustos crujieron de nuevo.

Se oyó la voz de Yandot

—No intentes disparar otra vez sobre el animal. ¡Tan sólo los fusiles atómicos son capaces de abatir a ese monstruo!

—¡No hace falta que me lo digas! —resopló el teniente—. ¡Cielos! Aquel murciélago que atacó la esfera era un angelito al lado de este fenómeno. ¡Aquí vuelve otra vez!

Se repitió la embestida estruendosa y la esquivada del teniente

Wilson, que había quedado solo junto a la senda abierta. Comprendía que el tacomis tenía razón. Los fusiles eléctricos no molestarían lo más mínimo al monstruo.

—¡Lo esquivé! —avisó.

—¡Entonces cierra esa boca! —rugió Derek Bedford—. ¡Se enfurece al oír tu voz!

El vapor proveniente de la erupción del lago de barro desaparecía con rapidez. ¡El feroz tiranosaurio podría pronto verlos con toda claridad!

Kazan y Müller, ligeramente apartados, contemplaban pasmados los movimientos del animal esperando que Yandot se decidiera a obrar. Dimitri divisó al teniente Morse destacándose en el vapor que se disipaba. Su mandíbula se estremecía convulsa, pero sostenía su lengua entre los dientes temeroso de que su chillido atrajese al terrible reptil. Kazan no se sorprendió al ver que el americano se había acobardado.

El capitán Derek, Wilson, Garry y el cabo Shandon se reunieron con el profesor Hoppel.

Haciendo estremecer la tierra con sus saltos con la potencia y el ruido de un tren expreso, el tiranosaurio se lanzó en tromba contra el grupo. De repente resonó un estampido, confundido inmediatamente con una explosión, y los asombrados terrestres vieron desaparecer la cabeza del coloso en medio de una llamarada cegadora. El monstruo detuvo en seco su acometida y se desplomó, en toda su imponente mole, aplastando varios helechos.

—¡Esa combinación de cocodrilo, rascacielos y canguro ha sucumbido víctima de la desintegración atómica! —comentó John Garry respirando aliviado.

Reunidos todos con Yandot, el autor del disparo, continuaron su camino por la verde oscura maraña de la manigua. Se deslizaron bajo la bóveda de unos helechos gigantes que extendían su capa de verdura entre el cielo y la superficie de Venus.

Descendía la oscuridad con rapidez, pues el vapor y las nubes, aunque dejaban penetrar la luz solar, excluía los destellos de las estrellas anulando el período del crepúsculo.

—Creo que está anocheciendo —dijo Müller mirando aunque inútilmente hacia arriba.

—¿Es muy largo el día venusino, profesor? —interrogó Wilson.

—El año de Venus —empezó diciendo el padre de Lanca— dura doscientos veinticinco días terrestres. Algunos afirman que éste es el tiempo que invierte en dar la vuelta alrededor de su eje. Otros aseguran que en este segundo movimiento emplea el mismo tiempo

que nuestro planeta. Lo probable, y a la vista está, es que el verdadero día de Venus sea un término medio entre estos dos límites que le señalan. —Hizo una pausa. Luego prosiguió—. En efecto; que la velocidad de Venus en su movimiento de rotación sobre su eje es menor que la de la Tierra constituye un hecho cierto. Por otra parte, parece igualmente cierto que Venus no presenta permanentemente expuesta la misma parte al Sol, como exigiría la igualdad de duración de su año y su día. Podemos atribuir con certeza al día venusino veintitrés horas y diecinueve minutos.

El día había sido nublado, como siempre debía ser, pero la noche era de una increíble negrura.

Prosiguieron andando alumbrándose con la luz de las lamparillas eléctricas, pero al observar que los destellos luminosos atraían a los feroces animales, Kazan sugirió:

—Será mejor que imitemos a los monos y trepemos a un árbol para pasar la noche.

Yandot asintió con la cabeza.

El helecho elegido parecía una palmera, pero con fronda en la parte superior, y era más alto que los árboles corrientes. Treparon a las ramas más altas.

—Es extraño —dijo Dimitri Kazan—. Aunque esta especie guarda estrecha relación con los helechos encontrados en estado fósil en ciertas partes de la Tierra, es mucho mayor que…

—Debe usted considerar —interrumpió el profesor— que esta región forma parte de un planeta atrasado en la evolución respecto a la Tierra. No puede usted establecer comparaciones de ese género.

—¿Cómo dormiremos encaramados aquí, sin caernos? —inquirió Jim Shandon.

—¿Dormir? —se burló John Garry—. No habrá mucha ocasión de roncar esta noche. ¡Escuchen!

En un lugar distante del valle se desarrollaba otro feroz combate entre los reptiles monstruosos. Aunque el ruido de la contienda les llegaba en tono apagado, era de tal naturaleza que heló de espanto al grupo de audaces aventureros.

—¡Qué lugar más infernal! —gimió el teniente Morse.

Pasaron una noche horrible. Tan pronto como cesaba una lucha titánica entre los dinosaurios, empezaba otra. A veces, simultáneamente y en distintos lugares, se celebraba más de una tumultuosa y sangrienta batalla.

Unos cuerpos gigantescos atravesaron la tupida vegetación, alguno de ellos dando saltos como el tiranosaurio, otros avanzando a cuatro patas. Era imposible dormir. Yandot y sus compañeros

juzgaron su refugio con relativa seguridad hasta que un dinosaurio gigantesco empezó a mordisquear la cresta de un helecho que, a juzgar por el ruido, era tan alto como el árbol donde se hallaban encaramados. Pasaron la noche temiendo que ocurriera algún desastre, lo que afortunadamente no sucedió.

La luz del día surgió tan de improviso como desapareciera. Al aparecer la luz del Sol cayó un chaparrón tropical que duró unos minutos. Pero cuando el agua llegó a la superficie candente del lago de barro, brotaron unas enormes nubes de vapor.

El día se presentaba como una tarde nublada de invierno de Nueva York, debido a que las nubes se cernían perennes sobre Venus, pero el calor era, empero, terrible. Claro está que los hombres, provistos de trajes especiales y escafandras, no lo notaban.

Era evidente que los feroces dinosaurios preferían merodear de noche, pues al amanecer, la terrible carnicería en el valle cesó de una manera bien marcada.

Yandot guió a los terrestres por la espesura.

Avanzaba rápidamente a pesar del casi impenetrable obstáculo de la jungla. Salvaron un riachuelo de aguas calientes y vaporosas. La flora era de lo más extraordinario que hubiesen podido imaginar. Había flores gigantescas de más de dos metros de circunferencia. Árboles que medirían sus buenos ciento veinte metros de altura. Plantas que disparaban sus ramas con secos chasquidos cada vez que se las pisaba. Más de una vez tuvo Yandot que librar a los terrestres de las terribles lianas que se les enroscaban por el cuerpo como si fueran serpientes vivas.

A mitad mañana, el hombre rojo hizo alto. Se agachó para coger del suelo un fino pañuelo de encajes.

Derek sintió que se le helaba el corazón. ¡El pañuelo era de Lanca y estaba teñido de sangre! Y junto al lugar donde encontrara el tacomis el fino pañuelito se veía un gran charco de sangre.

Yandot exploró con los ojos el terreno. Señaló con el brazo en una dirección.

—Marcharon hacia esa parte. Los hombres antena fueron atacados por tremendo animal. Alguien herido.

Sucedió un triste y reverente silencio. En el ánimo de la mayoría empezaba a cundir el desaliento. Todos sus esfuerzos por rescatar a las mujeres iban a ser, o estaban siendo ya, vanos.

—¡Mirad allí! —gritó Müller con voz quebrada—. ¿Qué...?

Miraron con la esperanza de que el alemán hubiese descubierto alguna señal de las mujeres. Pero no era eso.

De la vegetación fétida y putrefacta de la selva virgen, había

surgido un animal asombroso. Era un monstruoso conglomerado de comadreja, gato, perro y oso. Era extraordinario porque semejaba una combinación de varios animales conocidos en el siglo XX en la Tierra. Pero tenía el tamaño de un elefante muy corpulento.

Balbuceó Morse:

—¿Qué demonio…?

—¡Un creodonte! —exclamó el profesor lleno de estupor—. El antecesor de muchos de nuestros animales modernos.

—¿Sí? —murmuró Müller—. Pues, desde ahora en adelante, no me pillarán muy lejos de un árbol.

Estas palabras recordaron a los otros que llevaban armas, y que aquel era un animal que no podía esquivarse como hicieran con el tiranosaurio. Sus mandíbulas ostentaban unos dientes gigantescos; sus garras eran largas y agudas.

¡El creodonte embistió de repente!

Los fusiles eléctricos dejaron escapar chispas azules. El monstruo recibió las descargas por todo el cuerpo. Se irguió sobre sus patas posteriores y soltó un rugido capaz de helar la sangre en las venas. Luego, agachándose de nuevo, siguió avanzando con la cabeza baja, impidiendo se le vieran los ojillos, sin presentar un blanco eficaz.

Los hombres se separaron, pero ello serviría bien poco. El creodonte no tardaría en darles alcance destrozándolos sin la menor esperanza de escapar si Kazan o Yandot no empleaban sus fusiles atómicos.

A pocos metros de distancia, el monstruo empinó abriendo sus mandíbulas enormes y llenas de espuma. Luego soltó un horripilante gruñido.

* * *

Niva y Lanca se miraron espantadas. Luego ojos se dirigieron hacia el río que acababan de cruzar en una balsa improvisada. Por las márgenes del río se oyó un chapoteo estruendoso. Apareció lo que las dos mujeres creyeron era la cabeza y el cuello de una serpiente. Tras la cabeza se destacó un cuerpo inmenso, produciendo unos ruidos de gorjeos y envuelto en una ola.

A pesar de su tamaño fantástico, la cabeza tenía un aspecto pacífico. Poco a poco el increíble animal surgió del agua, arrastrado su pesado y formidable cuerpo.

A Lanca se le erizaron los cabellos. El animal era enormemente largo.

—¡Cielo Santo! —exclamó, y girando sobre sus talones huyó.

Comprendió que acababa de ver un ejemplar de los animales

más grandes que jamás pisaron la tierra. Hasta el feroz tiranosaurio quedaba eclipsado por el volumen del coloso. Lo que la joven había olvidado era que el gigantesco reptil pertenecía a la clase de los brontosaurios y que estos animales eran gigantes pacíficos, habitaban cerca del agua y se alimentaban de plantas de los lagos y de sus márgenes.

Un hombre antena dio dos o tres saltos y alcanzó a la joven, asiéndola por un brazo e imponiéndole silencio mediante el sencillo procedimiento de golpearla en el rostro con sus dedos provistos de ventosas.

El reptil miraba curioso al grupo de pigmeos detenido a menos de cincuenta metros de distancia. Los hombres antena permanecían inmóviles, con sus armas preparadas. Sus antenas vibraban locamente, denotando que no perdían un solo movimiento del brontosaurio. Pero éste debió considerar de poco gusto aquella comida y se alejó pausadamente por la orilla siguiendo la corriente.

Niva, Tania y Olga respiraron aliviadas. Estaban sobrecogidas de espanto. Se hallaban agotadas tras la dura caminata impuesta a la fuerza por los crueles hombres antena. Cuando recobraron el conocimiento se encontraron junto al aerocohete incrustado entre unos árboles medio putrefactos. El olor fétido de los pantanos, la humedad y el calor, un calor espantoso, estuvieron a punto de hacerles sucumbir. Pero conforme respiraban aquella atmósfera que parecía viciada, se fueron recobrando hasta el punto de que varias horas después no les atormentaba tan considerablemente el enrarecido aire.

Fueron obligadas por los hombres antena a ponerse en camino. Los horribles seres llevaban sus peladas cabezas cubiertas con escafandras para protegerse del calor que les debía molestar grandemente. Se abrían paso empuñando unas cuchillas corvas, muy afiladas, que manejaban con suma pericia.

Coincidiendo con un breve descanso a orillas de un riachuelo retumbó a lo lejos una sorda explosión.

El semblante de Olga, sudoroso y reflejando el cansancio que atenazaba sus músculos, se iluminó.

—¿Habéis oído? —inquirió—. ¡Una explosión! Eso indica que los nuestros no nos han abandonado.

—No abrigues falsas esperanzas —replicó Niva—. Puede tratarse de una explosión producida por otros hombres antena. Si no fuera así, ¿por qué crees que hemos aterrizado en esta maldita selva?

—Tal vez para librarse de sus perseguidores —insinuó la ucraniana.

—Antes de perder el conocimiento percibí como una especie de explosión —intervino Lanca—. Puede que os tacomis les obligaran a un aterrizaje forzoso.

Se escuchó el fragor de otra explosión.

—¿Oís? —dijo Olga—. Suena a nuestras espaldas. No cabe duda. ¡Nos vienen siguiendo!

Ta-Sal, el jeddad de los hombres antena, soltando un chillido seco las hizo ponerse en pie. Atravesaron el riachuelo. Muchos de los árboles eran de un tipo que jamás vieran anteriormente, pero otros tenían un aspecto familiar.

Principiaron a oírse terribles aullidos, rugidos y carreras precipitadas de animales gigantescos. Una tercera explosión más cercana les aseguró ya definitivamente que los hombres antena eran perseguidos. Lo demostró el hecho de que éstos conferenciaron unos breves segundos para después proseguir con más rapidez la huida. Un rugido próximo les hizo palidecer de terror, mas nada ocurrió.

La noche cayó casi repentinamente, pero siguieron andando alumbradas las mujeres por la antorcha que el propio Ta-Sal fabricó de unas teas, hasta que la presencia de un gigantesco animal que avanzaba estruendosamente dispuesto a embestir al grupo, les obligó a detenerse. Era un tricerátops. Poseía tres cuernos parecidos a los de los rinocerontes. Dos de ellos hacia delante, uno sobre cada ojo, de unos dos metros de largo. El tercer cuerno era mucho menor y lo tenía sobre la nariz, como si lo utilizase para arrancar raíces. Lo sorprendente del animal era una especie de capota ósea que se extendía hacia atrás desde la cabeza. Esta especie de armadura protegía el cuello y la parte delantera del cuerpo.

La armadura ostentaba unas grandes heridas causadas por un terrible tiranosaurio durante una apocalíptica lucha.

¡El dinosaurio de tres cuernos huía frenético ahora! Pero las jóvenes no podían sospecharlo. Los hombres antena chillaron señalando con sus largos brazos hacia los árboles cercanos. Se encaramaron con suma facilidad. Tania fue la primera en ponerse a salvo, trepando por un entretejido de lianas hacia unas ramas fuera del alcance de los cuernos del animal. Olga fue apartada por Ta-Sal, que buscó a protección de un grueso tronco. Niva y Lanca vacilaron. La primera, más atrás, tuvo tiempo suficiente para seguir el camino de uno de los seres de Tarka, pero Lanca, llevándose la mano crispada en la que sostenía un pañuelito con el que se secaba el sudor a la boca, emitió un débil gemido.

Con la velocidad de un bólido, el tricerátops se arrojó sobre ella que se encontraba en mitad de la senda que seguía en su frenética

huida.

La salvación para Lanca vino en forma de un chispazo deslumbrante que dio de lleno en los ojos de la fiera. Uno de los hombres antena había disparado su fusil desde un árbol. Es dudoso que su acción fuese motivada por el peligro que corría la joven. Más bien podría decirse que fue el pánico o el nerviosismo lo que le hizo apretar el gatillo.

El tricerátops se apeó en seco emitiendo un gruñido. Lanca, saliendo de su letargo, echó a correr dejando caer el pañuelo. Un segundo después el monstruo pasó por donde había estado ella, perdiéndose en breve en la espesura.

El pañuelo quedó en medio de la senda manchado con la sangre que brotaba a borbotones de las heridas del dinosaurio.

Ta-Sal ordenó proseguir la marcha, pero poco después, comprendiendo que se exponía a un grave tropiezo en aquel mundo salvaje y prehistórico, ordenó acampar para pasar la noche.

Como le ocurriera al grupo de Yandot, la noche fue una terrible pesadilla. Cuando al amanecer se pusieron en camino, ninguna de las jóvenes había logrado pegar los ojos. Su estado general era lamentable. Aunque los hombres antena las maltrataron, golpeándolas, se impuso un descanso a orillas de un caudaloso río, descanso que fue aprovechado por los seis hombres antena para construir una balsa con la que pasaron el río una hora después.

Cuando el brontosaurio que salió del río hubo desaparecido de la vista, los hombres antena agruparon a las mujeres y se adentraron en la espesura. Una explosión no muy lejana levantó por unos minutos la moral de resistencia de las jóvenes. Los suyos las seguía cada vez de más cerca.

Reptiles voladores pasaron aleteando sobre los árboles, pero no les atacaron. Mosquitos tan grandes como libélulas se lanzaron sobre el grupo poco después. Los hombres antena no se preocuparon de ellos puesto que iban perfectamente cubiertos, pero las mujeres tuvieron que defenderse a manotazos para evitar que les picaran en el rostro. Afortunadamente el peligro y el número de los mosquitos era pequeño y pudieron librarse de sus picaduras, que debían ser dolorosísimas.

Ta-Sal rodeó la base del volcán situado a un extremo del valle. Al cruzar una ciénaga apareció entre unos altísimos helechos otro ejemplar del monstruoso dinosaurio. La rapidez con que avanzaba sorprendió al grupo, que se dispersó al tiempo que disparaban sus armas.

Tania Gurevich presenció horrorizada cómo uno de los hombres

antena era aplastado y hundido en la ciénaga. Giró sobre sus talones y echó a correr hacia a espesura saliendo de la charca.

Escuchó una explosión de un fusil atómico que los tarkas se habían abstenido de emplear hasta entonces por temor a indicar su rastro a sus perseguidores. Sobre el ruido del disparo se escuchó un tremendo rugido y Tania Gurevich, huyendo de la ciénaga, se percató de que el monstruo le iba a la zaga. El disparo le había arrancado la mitad de su tremenda cola y, enfurecido por el dolor, aplastaba todo cuanto se ponía ante su paso.

Poseía un cuerpo de lagarto armado de grandes placas óseas. Caminaba a cuatro patas y su cabeza tenía cierto parecido con el de una tortuga, aunque medía más de un metro de largo. El armazón del cuerpo era delgado, pero muy alto. Lo más sorprendente de sus características consistía en una doble hilera de placas montadas en fila en su lomo, que parecían dos líneas de dientes de sierra monstruosas. Era un estegosaurio.

Tania no lo sabía. Es dudoso que de haberlo sabido su terror hubiese subido un grado más. Los helechos la azotaban; los espinos coníferos herían sus carnes; las lianas la sujetaban, inmovilizándola.

Tras ella avanzaba con estruendo el leviatán del mundo de los reptiles. Iba ganado terreno a cada paso, aunque al parecer no corría. Las patas del coloso se hundían en el terreno pantanoso.

Tania vio llegada su última hora. Estaba ya el animal a unos cuatro metros de ella, cuando ésta tropezó y cayó. Se hundió en una trinchera profunda, sin duda abierta por el hocico de algún dinosaurio en busca de alimento.

El reptil pasó por encima, de largo, azotando con su cola herida los árboles cercanos, muchos de los cuales eran arrancados de cuajo por los coletazos.

Tania respiró a pleno pulmón. Descansó un rato en la trinchera, sin poder pensar en la situación en que se hallaba; luego la tierra empezó a correrse y temiendo quedar enterrada viva, sacó la cabeza al aire húmedo y caliente de Venus.

En aquel momento oyó un alboroto de gruñidos feroces.

Unos dientes agudos se hundieron en su cuerpo.

CAPÍTULO V

DONDE EL TIEMPO SE DETUVO

L

os fusiles eléctricos lanzaron una serie de descargas contra el furioso creodonte que atacaba a los terrestres. El monstruo se revolvió cargando en tromba. Fue entonces cuando Yandot y Kazan, los dos únicos del grupo que iban armados con fusiles atómicos, dispararon sus armas. Las balas atómicas se incrustaron en la gruesa piel del animal e hicieron explosión. Saltaron trozos de coraza y placas de distintos tamaños en el aire. Soltando un horrible estertor, el coloso se desplomó hacia un lado, tronchando un helecho y aplastando a Tom Morse. Todos oyeron el grito de terror del teniente. Aquel grito se cortó en seco al caer el creodonte.

Cuando Yandot y los terrestres se aproximaron donde había estado el teniente no pudieron hallar nada de él, puesto que el inmenso cuerpo del animal lo cubría por entero; en sus estertores agónicos el creodonte pataleaba y rugía. Por su boca entreabierta dejaba escapar chorros de espuma y columnillas de vapor.

—Pobre Morse —murmuró Wilson—. No era muy valiente, pero siempre fue un excelente camarada.

—¿No podemos hacer nada por él? —inquirió Derek sobrecogido.

—Necesitaríamos una grúa para levantar el cuerpo de este monstruo —dijo Kazan—. Además que sería una labor inútil, puesto que el aplastamiento ha debido de ser terrible.

Reinó un opresivo silencio, roto por una exclamación gutural de Yandot.

—Es preciso seguir adelante —dijo.

Silenciosamente, el grupo se puso de nuevo en marcha.

Unos y otros lamentaban el triste final de Morse, porque cualquiera de ellos podía sufrir la misma suerte en los minutos siguientes. Derek pensaba en Lanca, cuyo pañuelo tinto en sangre había encontrado momentos antes. ¿Sería de su esposa aquella sangre?

El profesor Hoppel, movido por su espíritu de científico, estudiaba las plantas. Esto le distraía de sus tenebrosos pensamientos

—Cuanto más examino este lugar, más asombrado estoy. Observen que existen pocos árboles o plantas con hojas.

—Es como si hubiéramos vuelto a los tiempos prehistóricos de la

Tierra —afirmó Kazan—. A propósito, ¿cree que vivirán seres humanos en este planeta?

—Imagino que no —afirmó Hoppel—. A menos que se hayan establecido habitantes de otros mundos, lo cual también pongo en duda.

Avanzaron siguiendo la trocha abierta por los hombres antena. Poco después llegaron a las orillas de un río caudaloso. Yandot giró la vista por el terreno. Debido a la densidad de la luz que penetraba en las nubes que rodeaban a Venus, el volcán de la otra parte del valle no llegaba a vislumbrarse.

Unas largas columnas de vapor surgiendo de lo que sin duda eran corrientes de agua hirviente, contribuían a dificultar la visión.

El día era en realidad un crepúsculo gris, caliente, húmedo y fantasmal.

—He visto lunas más brillantes que esta luz solar —comentó Müller.

Yandot se incorporó.

—Los hombres antena construyeron una balsa para pasar el río —dijo—. Las cuatro mujeres continúan con vida. He visto sus huellas en el barro de la orilla.

Derek suspiró aliviado.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Fred Wilson—. ¿Construimos también una embarcación?

—No es necesario —respondió Yandot—. Cruzaremos el río a nado o andando por el fondo. Nuestros trajes nos permiten caminar bajo el agua.

—Eso representará una hora de adelanto —dijo satisfecho el alemán.

Entraron en el río. A los pocos pasos el agua les cubría por entero. El profesor, Shandon y Yandot prefirieron andar por el fondo cenagoso, mientras los demás se mantenían entre dos aguas o nadaban por la superficie según sus fuerzas y aptitudes.

Tuvieron que emplear sus fusiles eléctricos para alejar a los habitantes del río, animales y peces de formas extraordinarias. Pasaron sin novedad. En la orilla vieron impresas las huellas de un dinosaurio. Cualquiera de ellos cabía dentro de aquellos enormes embudos. Distinguieron las pisadas de los hombres antena y las mujeres. Las siguieron. La densidad de la selva infundía pavor.

De repente oyeron una cercana explosión.

—¡Los hombres antena! —rugió Müller—. ¡Los tenemos ahí delante!

Apretaron el paso. Unos minutos después descargó un

chaparrón. Al parecer, el violento aguacero caía varias veces todos los días.

—¡Qué lugar más delicioso para vivir! —murmuró él sargento Garry—. ¿Será todo el planeta igual?

El profesor negó con la cabeza.

—Me parece que no. Es posible que en otras regiones de Venus la evolución no se haya detenido como en esta parte, aunque es muy aventurado suponer tal cosa.

Los pies se hundían en la tierra esponjosa dificultando extraordinariamente la marcha. Shandon gruñó malhumorado:

—No me extraña que todo esté podrido aquí. ¡Con esas nubes descargando continuamente chubascos!

—Las lluvias tremendas son producidas por el vapor húmedo y caliente subiendo al aire frío de la cresta de los volcanes —explicó el profesor—, donde se condensa y disuelve cayendo en forma de lluvia. Los constantes aguaceros explican también, como ha dicho Shandon, que la vegetación forme en este lugar una masa casi putrefacta.

Mirando en torno a él, agregó:

—Esta vegetación es menos densa que la que floreció durante lo que los hombres de ciencias llaman, en la Tierra, la época carbonífera.

—¿Quiere usted decir que junglas semejantes a ésta forman los depósitos de carbón? —preguntó Kazan interviniendo en la conversación.

—Exacto. Si una avalancha de tierra cubre parte de esta jungla, o bien la cubren el agua y el barro, en el curso de unos siglos tendríamos una buena probabilidad de encontrar un depósito de carbón. La descomposición parcial, sin acceso de aire, llevaría a cabo la labor.

Tras estas palabras, el ruso y el profesor se enfrascaron en una discusión sobre el tema que apartó a los demás, deseosos de alcanzar pronto a los hombres antena y abandonar para siempre aquellas regiones.

Sin cesar de caminar tomaron unas píldoras como primera comida del día. Las escafandras tenían adaptado un aparatito original por el que introducían las píldoras comprimidas en el interior de la escafandra. Una especie de cuchara tendía el alimento hacia la boca. En este caso no tuvieron necesidad de usar este sistema, se quitaron simplemente las escafandras.

Yandot, delante de todos, vigilaba por si veía alguna señal de peligro.

—Los insectos son interesantes —decía Kazan hablando con el profesor—. Al parecer existen por aquí pocas mariposas, polillas, abejas, avispas y hormigas. En cambio abundan los escarabajos, las luciérnagas y los chinches.

—Los insectos que usted ve son, en su mayor parte, del tipo menos completo —explicó el astrónomo—. No están lo bastante desarrollados para hacer capullos de seda o miel. Aparecieron primero en el curso de la evolución.

Cerca del grupo pasaron unos animales astados huyendo de algún próximo peligro. Junto a la senda percibieron un ruido de ramajes.

Yandot levantó el brazo, indicando alto. Se prepararon los fusiles. El ruido se acercaba. Era muy lento. Se apartaron unas ramas y…

—¡Tania! —gritó Kazan.

La joven dio dos pasos y se derrumbó de bruces en el suelo.

Todos los hombres se precipitaron a recogerla. Kazan, empero, fue el primero en llegar a su lado. Le alzó amorosamente la cabeza, contemplando el hermoso semblante bronceado por el sol, pero a la sazón aparecía pálido y lleno de rasguños ensangrentados.

Dimitri destapó su cantimplora que contenía agua destilada, y vertió algunas gotas en los resecos labios de la muchacha. Luego, sacando un pañuelo, lo mojó y limpió el rostro de barro y sangre.

—Tania —murmuraba—. Mi pequeña Tania.

Los ojos profundos de Yandot advirtieron los arañazos del cuello.

—Está herida —dijo—. Una fiera le hincó sus dientes en el hombro. Afortunadamente el traje de kass le preservó de todo daño grave. Sólo tendrá algunos ligeros hematomas.

Con dedos hábiles corrió la cremallera que cerraba herméticamente el traje especial tacomis y dejó al descubierto el mórbido y redondeado brazo de la muchacha. El hombre rojo no se había equivocado. Unas señales moradas cubrían la parte interna del hombro.

—Debió ser algún animal de fuerte presa para hacer eso —dijo Müller—. ¿No es grave, verdad?

—No lo es —dijo Yandot examinando los arañazos del cuello. Luego echó mano a su botiquín y extrajo un frasquito repleto de polvos blancos—. Esto cortará cualquier posible infección —manifestó.

La muchacha daba señales de querer recobrar el conocimiento. Kazan se quitó la escafandra, y cuando Tania abrió los ojos éstos se

clavaron en el ruso. Después recorrieron los ansiosos semblantes amigos.

—Soy Dimitri —dijo el ruso blanco emocionado—. Estás a salvo, Tania.

Los terrestres esperaron una explosión de llanto, pero la muchacha no lloró. Al parecer se le habían secado las lágrimas

—A salvo —musitó débilmente—. Gracias, Dios mío.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó impaciente Derek Bedford—. ¿Qué ha sido de mi esposa?

La muchacha miró con sus grandes ojos al capitán y no contestó. Müller repitió la pregunta del americano en ruso, único idioma que conocía Tania.

—¿Y Olga y Niva? —inquirió el alemán—. Contesta, Tania. ¿No me oyes?

—No sé... no recuerdo. Sí... Estaban bien...

—¿Estaban? —exclamó Müller alarmado—. ¿Quieres decir que les ha pasado algo?

—Yo no sé...

Con frases entrecortadas, la muchacha hizo un conciso relato de cuanto les ocurriera hasta el momento del ataque del estegosaurio.

—Caí en una zanja —explicó—. Cuando quise salir, algo me mordió en el hombro. Era un animal parecido a un perro, armado de grandes colmillos. Sus garras se me hincaron en el cuello. Me defendí cogiendo una rama que encontré en tierra. Le golpeé en la cabeza. Debí asustarlo, pues huyó. No parecía tener instintos muy fieros.

—Sin duda sería alguna hiena —dijo Kazan—, sigue.

—Huí de aquel lugar tomando la dirección que habíamos seguido. Supongo que la esposa del capitán, Olga y Niva estarán sin novedad, pero un hombre antena fue aplastado por el monstruo.

Kazan tradujo las palabras de Tania a los cuatro americanos.

—Debemos ponernos en camino —decidió Yandot ante el asentimiento de los demás.

—Yo llevaré a la muchacha —se brindó el teniente Wilson.

—No se moleste, teniente —dijo Kazan—. Yo lo haré.

Tania se incorporó. Con manos solicitas, Dimitri le colocó su escafandra.

—Puedo andar sola —dijo la joven. Pero al dar un paso estuvo a punto de caer, sosteniéndola Kazan.

—Estás débil —refutó el ruso—. Te llevaré en brazos. No tenemos tiempo para construir unas parihuelas.

—En todo caso, prefiero que me lleve el teniente americano.

Kazan palideció. No dijo nada más. El alemán tradujo el deseo de Tania y Wilson, silenciosamente, la tomó en sus fuertes brazos. El grupo se puso en movimiento, quedándose rezagado Kazan.

Le preguntó el profesor a Yandot.

—¿No venía una esfera siguiéndonos por el aire?

La respuesta del hombre rojo se perdió entre el rugido de un carnívoro que cruzó la senda sin detenerse. Sin embargo, el semblante del profesor Hoppel asumió una expresión preocupada que nadie advirtió.

Llegaron a la ciénaga donde tuvo lugar el ataque del estegosaurio. Vieron sus enormes pisadas y también las huellas de los hombres antena y de las mujeres.

—Sólo observo dos clases de huellas —dijo el sargento Garry—. Las de la señora Bedford y las de Olga.

Müller miró al tacomis. Él y Kazan eran los únicos en saber, mas no con certeza, que Yandot se sentía atraído por Niva. ¿Qué habría sido de ella?

—Por aquí —dijo Yandot

Poco después la vegetación escaseaba y aparecían grandes rocas. Ascendieron por la ladera de una loma. Augustus Hoppel se detuvo al ver una roca de extraña forma, examinándola con interés. La golpeó suavemente con el cañón de su fusil.

—Hum —murmuró pensativo.

—¿Qué encuentra de interesante en esa roca moteada? —inquirió Kazan para distraerse de sus fúnebres pensamientos. Le había causado gran dolor la actitud de Tania, pero no le guardaba rencor.

Después de todo era lógico que no quisiera saber nada de él. Mas le fastidiaba que el teniente Wilson prestase tanta atención a la muchacha. Ahora la llevaba el sargento, pero era Wilson quien no se apartaba de su lado.

—Simplemente la variedad de minerales que al parecer contiene —respondió el profesor de astronomía americano.

—¿No habrán extraído los hombres antena de este planeta los materiales necesarios para construir su base en la Luna? Vi allá metales parecidos a estos.

—Es una idea —asintió el profesor.

Procedían con la mayor cautela. Las extrañas rocas aparecían más abundantes, convirtiéndose en una soledad de piedra reluciente y moteada que se extendía más y más, hasta la cumbre del volcán que bordeaban.

Siguieron avanzando. Se veían por doquier señales de metales

raros.

—Me gustaría pasar un mes aquí clasificando tipos de rocas —declaró Hoppel.

Yandot giró la vista por la soledad rocosa.

—Deseo echar un vistazo —dijo—. Yo abarcaré más rápido solo. Esperadme aquí. Regresaré enseguida.

Todos los terrestres acataron aquellas palabras como si hubiese sido una orden.

El tacomis desapareció entre las rocas. Mientras andaba examinó algunas formaciones curiosas que se convertían en finas y punzantes aristas, igual que si fueran de cristal roto. Aquella región tan rica en minerales parecía extenderse varias millas cuadradas. Para alcanzar mayor extensión trepó a la cima de una masa petrificada.

El hombre rojo dio de repente un salto. Al mismo tiempo resonó una explosión y la roca en que había estado plantado voló desintegrada en millones de pedazos. Empujado por la onda expansiva cayó rodando por tierra, recibiendo un fuerte golpe en la escafandra que sólo gracias al kass de que estaba fabricada pudo resistir el impacto.

Yandot se incorporó prestamente. Le habían disparado con un fusil atómico. Su vista aguda había percibido el cañón del arma y el movimiento de los brazos que lo sostenían. El hombre antena estaba emboscado entre rocas próximas.

Reptando y procurando no hacerse visible, es decir, no exponiendo ninguna parte de su cuerpo a la detección de las antenas de su enemigo, dio la vuelta para situarse en un lugar más distante.

Otra explosión formidable se alzó del sitio que segundos antes había ocupado. Sin duda, el hombre antena quería asegurarse da que no escapaba de la emboscada.

Con lentos movimientos, deslizándose entre los peñascos, Yandot llegó hasta el refugio que le brindaba una roca, en la misma cima de la vertiente. Prestó oído atento. Al cabo de un minuto largo escuchó el rumor de unas piedrecitas al rodar por la vertiente opuesta. ¡El hombre antena se retiraba creyendo cumplida su misión!

Saltó en pie viendo a su adversario brincar con extrema agilidad sobre las rocas. El hombre antena le detectó inmediatamente y se revolvió alzando su fusil atómico, pero antes de que consumara la acción, Yandot disparó una ráfaga de proyectiles. Un globo pequeño de fuego se elevó del lugar que ocupara el ser de Tarka. Una columna de humo ascendió hacia lo alto.

Los terrestres se acercaron corriendo.

El tacomis señaló hacia la nube de humo radioactivo y dijo simplemente:

—Un hombre antena. No molestará más.

—¿Cómo adivinaste que había alguien emboscado en este lugar? —preguntó Derek.

—No lo adiviné. Lo imaginé tan solo. Conozco las costumbres y procedimientos de lucha de los hombres antena. Éste es el mejor terreno para una emboscada y estaba casi seguro de que Ta-Sal habría dejado a uno de sus hombres para eliminarnos o retrasar la persecución. Como habréis visto, no me equivoqué.

—Debemos ir pisándoles los talones —manifestó el alemán.

—Así es —gruñó Yandot—. No nos llevan más de media hora de ventaja. Sigamos.

Avanzaron veloces por la pendiente y luego por un terreno llano. Las huellas de los perseguidos habían desaparecido en el terreno rocoso, mas era clara la dirección que seguían. Las huellas volvieron a aparecer una milla más allá en un terreno blando.

—Veo las huellas de Niva —declaró Garry—. Eso quiere decir que está viva.

Por la actitud de Yandot se desprendía que hacía rato lo había descubierto. Entraron en un nuevo paraje rocoso.

Llegaron a una especie de concavidad entre unos altos paredones. Yandot se detuvo contemplándolos.

—¿Ves algo extraño? —preguntó receloso el capitán.

—Veo una mina explotada —fue la respuesta—. Por este motivo los hombres antena escogieron esta dirección. No cabe duda. Tarka tiene bases en Venus. Ahí enfrente hay una mina abandonada, a pesar de no haber sido explotada completamente. Nos acercaremos a ver.

Avanzó con audacia hacia las galerías abiertas en la roca. Los hombres antena estuvieron trabajando allí durante largo tiempo. Luego, por su propia voluntad o porque algo o alguien les obligó, abandonaron aquellos lugares. Se veían restos de herramientas y máquinas, vagonetas, raíles, restos de construcciones.

—¿Qué dirección habrán tomado ahora? —resopló, Garry—. No es fácil seguir sus huellas por este terreno rocoso.

—Si pudiéramos comunicar con las esferas exploraríamos desde el aire estos alrededores —indicó el profesor.

Los terrestres se miraron sorprendidos. A ninguno, debido tal vez a la excitación y al peligro corrido en las ciénagas, se le había ocurrido pensar en la existencia de las esferas.

—¿No venía una siguiéndonos? —preguntó Derek.

El profesor Hoppel carraspeó.

—Así era, en efecto. Pero hace varias horas que Yandot dejó de comunicar con ella. Algo debe haber sucedido.

La consternación se apoderó de los hombres.

—Si eso es cierto —restalló Jim Shandon—, estamos listos. ¿Cómo vamos a salir de este horrible planeta?

Como de costumbre, todos miraron al hombre rojo esperando que éste les diera alguna explicación, mas Yandot permanecía impasible y, al parecer, no había prestado atención a las palabras intercambiadas por los terrícolas.

—No podemos descansar en este lugar —dijo—. Seguiremos marchando.

Envueltos en un tétrico silencio se pusieron en marcha una vez más. Tania andaba ya por su propio pie, atendida solícitamente por el teniente Wilson. Kazan se había encerrado en un hondo mutismo que nada bueno presagiaba.

Un copioso aguacero fue el preludio de una rápida caída de la noche. Apenas habían alcanzado la selva próxima que se adivinaba espesa y maldita, las nieblas invadieron aquellas regiones.

Tuvieron que buscar refugio en los árboles, únicos lugares que les brindaban protección contra las terribles fieras de Venus.

La noche transcurrió sin novedad, aunque en medio de un alboroto espantoso. Volvieron a escuchar el fragor de los combates que en las sombras libraban los gigantescos animales, muchos de los cuales pasaron cerca de su refugio.

Al despuntar el día, y mientras los terrestres procedían rápidamente a ingerir alimentos, Yandot anunció:

—Os dejo un momento. No os separéis durante mi ausencia. El peligro constante de este lugar es incalculable.

—¿Dónde vas? —preguntó Müller.

Yandot, sin responder, echó a correr desapareciendo como si se lo hubiese tragado la tierra. Avanzaba con rapidez sin perder de vista ningún detalle de los alrededores. Un incidente le intrigó sobremanera. Divisó un animal negro con listas blancas y moteado, del tamaño de un león, que caminaba velozmente.

El extraordinario animal tenía una cola negra y espesa, casi cuatro veces más larga que su cuerpo. La cola se agitaba por encima de la vegetación tropical como una bandera, en señal de aviso. ¡Y señal de aviso era!

Mientras le vigilaba apareció saltando un tiranosaurio, derribando con sus patas delanteras los árboles que le estorbaban a

su paso. El reptil monstruoso se detenía con frecuencia balanceándose sobre sus patas con tres dedos y volviéndose con lentitud, a estilo de un perro empinado sobre sus patas traseras. El carnívoro gigantesco no debía haber satisfecho su apetito durante la noche y seguía cazando.

Yandot se escondió tras un grupo de helechos, permaneciendo completamente inmóvil. No le interesaba hacer el menor ruido, por cuyo motivo había salido solo del campamento. No podía, pues emplear su fusil atómico, única arma que lograría contener los impulsos del terrible animal. Esperó alerta. Le sorprendió ver al feroz animal, de proporciones gigantescas, huir de aquella mofeta prehistórica. Fue una lección de la eficacia de la defensa por medio del ataque con gases.

Libre ya el camino, Yandot prosiguió su exploración.

La pista del grupo tarka apuntaba hacia el extremo opuesto de este segundo valle, que desde la cima de la colina donde había sufrido el ataque se adivinaba casi impenetrable. Era evidente que los hombres antena intentaron en varias ocasiones esconder sus huellas vadeando la orilla de algunos charcos de agua que no eran demasiado calientes, pero Yandot seguía el rastro.

Aunque los reptiles atraían su atención, no escapaban de ella los animales menores. Vio muchos semejantes a armadillos, algunos no mayores que una rata, otros de tamaño mayor.

Cuando el terreno era pendiente abundaban los castores habitantes de profundas madrigueras.

De improviso una nube color pizarra se cernió sobre la jungla. El movimiento de las grandes alas hacía batir la fronda de los helechos, como si los azotara un vendaval. Yandot se aplanó en el suelo. Las alas viscosas batieron sobre él, como si una mano, grande e invisible, sacudiese una lona. El hedor de la carroña fue avivado por las alas.

Pero Yandot obró con demasiada rapidez. El inmenso reptil volador pasó de largo por su propio impulso. Su pico armado de dientes hendió el espacio con ruido al chocar las mandíbulas una con otra.

Yandot levantó su pistola eléctrica y disparó sobre el pterodáctilo. Sonó un chirrido y un chispazo azul envolvió al pájaro que cayó, en seco, con un irresistible hedor a carnes quemadas.

Yandot siguió la pista de los hombres antena con más cautela, dándose cuenta que los enemigos podían haber averiguado su posición guiándose por los graznidos del pterodáctilo y el ruido del chispazo.

Las huellas de los fugitivos torcieron, de pronto, por un claro del bosque. La distancia entre huella y huella demostraba que marchaban muy aprisa.

Súbitamente se encontró ante una escena que le hizo soltar un gruñido, una escena de matanza. Unos animales semejantes a hienas se apelotonaban alrededor de dos bultos informes tendidos en el claro. Los animales alzaron los hocicos, mostrando sus colmillos al recién llegado que venía a interrumpir su banquete; pero luego, soltando chillidos temerosos emprendieron franca huida y abandonaron el campo.

El terreno esponjoso estaba revuelto, rasgado. En medio de charcos de sangre se veían los cuerpos semi-destrozados de dos hombres antena. Junto a ellos se apreciaban las huellas de un tiranosaurio, terrible carnicero, titán de los reptiles.

Yandot examinó el suelo palmo a palmo. Las hienas prehistóricas habían borrado las huellas, más allá debía de haberlas encontrado de nuevo. Pero por más que buscó y a pesar de ser el terreno esponjoso, no halló rastro de las mujeres ni de los dos hombres antena supervivientes, si es que sobrevivían. La presencia de las huellas de tiranosaurio le indicaba, quizás demasiado claramente, lo ocurrido en el claro.

Aquello era demasiado horrible para ser concebido. Era algo macabro e inaudito, pero no por eso menos terriblemente cierto. Sin embargo, era extraño que los hombres antena se hubiesen dejado sorprender de una manera tan simple.

Rebuscó entre los árboles. Al cabo de varios minutos se formó una ligera idea de lo ocurrido. Regresó, entonces, sobre sus pasos. Le aguardaba una sorpresa al llegar al lugar en que dejó a sus amigos.

¡Habían desaparecido!

CAPÍTULO VI

LA ISLA DE YER-MUN

Yandot escrutó el terreno con la mirada. Su cobrizo y pétreo semblante no mostraba ninguna emoción. Sólo, de vez en cuando, imperceptibles gruñidos indicaban que estaba sorprendido.

Un rugido cercano distrajo un momento su atención. Levantó la cabeza; su perfil aguileño se destacó contra el fondo de las nubes; luego Yandot se movió por los alrededores describiendo pequeños círculos. Una rama partida reclamó su atención unos segundos. Después fue alguna hierba pisoteada. Su mirada se desvió hacia la copa de los árboles. Por último, dio por terminada su exploración y soltó un gruñido. Al parecer había descubierto algo verdaderamente interesante.

De un bolsillo hermético de su traje de kass extrajo una antena de radio que instaló en uno de los árboles más altos de las cercanías. Luego manipuló en los mandos de su aparato de radio y empezó a hablar con voz gutural. Al cabo de diez minutos recogió la antena y se dirigió al claro.

Con el fusil en la mano vigilaba los movimientos de los animales carnívoros que rondaban por los alrededores. De pronto se oyó un silbido agudo, un aullido quejumbroso que puso en conmoción a todo el reino animal de la selva y una estela azulada se marcó en el espacio. Segundos después, una esfera volante detenía su carrera sobre el claro. Suavemente descendió hasta el suelo y lanzó su rampa por la que subió el hombre rojo.

Yandot, sin formular ninguna pregunta u observación, tomó el mando y elevó la aeronave, poniendo rumbo al valle defendido por los dos volcares en actividad y donde el mundo salvaje parecía haberse desatado en todo su esplendor.

Cuando los aparatos de radar detectaron el destruido aerocohete, manejó palancas y bajó, mirando por las pantallas de televisión. Dio una vuelta lenta alrededor de la nave interplanetaria.

Los viejos tacomis miraban a su jefe intrigados, sin duda, por su comportamiento. Conocían lo suficiente al hijo del gran Jumwha para no interrumpirle cuando llevaba a cabo una investigación de gran interés. Ignoraba las preguntas que se le dirigían entonces. Sólo hablaba cuando lo tenía a bien. Examinó varios aparatos de figuras complicadísimas.

Gruñó guturalmente y elevó la nave a velocidad vertiginosa

hacia las nubes.

Los tripulantes de la esfera hablaron con Yandot cuando éste inquirió el motivo por el cual desobedecieron sus órdenes. Otro cualquiera no habría aguardado tanto tiempo para formular aquella pregunta. Pero Yandot ejercía un competo dominio sobre sus pasiones. Los decrépitos y debilitados tacomis hablaron mucho. Señalaban con los dedos los aparatos de a bordo y una misma palabra brotaba constantemente de sus labios:

—Tarka... Tarka...

Yandot afirmó con la cabeza.

La esfera surgió de las nubes volviendo hacia la tierra exuberante y hostil. Apareció un valle grandioso rodeado de altísimas montañas, unas montañas de tal altitud que sus cumbres se perdían entre las nubes más bajas. Eran montañas grises y oscuras. Blancas en sus picachos desnudos.

Todo el valle aparecía perfectamente roturado y cultivado. Grandes autopistas, canales de conducción de agua, viaductos, campos que adoptaban todas las formas geométricas conocidas, cúpulas opacas, aisladas y de color vítreo, árboles frutales y espesas alambradas.

En el centro del valle se extendía un lago de aguas oscuras que no mediría menos de quince millas de longitud. Se veía una isla de forma circular y color verde. Algo se destacaba sobre la isla, algo que tenía cierto brillo mate y oscuro.

Los instrumentos de control y dirección de la esfera parecieron volverse locos. Las agujas indicadoras y los osciladores eléctricos bailaban una danza desenfrenada; las luces, de todos los colores imaginables, se apagaban y se encendían sin que Yandot les prestase el menor interés.

Un eco en la pantalla de radar, distinto de los otros que batían insistentemente, un eco de coloración azul, le hizo olvidarse de la isla, del lago y de los campos cultivados en sus formas más caprichosas.

Una esfera, un bólido de fuego, brotó de las capas inferiores de la atmósfera y, dejando un rastro luminoso tras sí, voló al encuentro de la aeronave de Yandot.

El hombre rojo miró la pantalla de televisión y gruñó una orden gutural. Inmediatamente, la esfera recién aparecida tomó posición a su derecha. Juntas las dos naves, describieron varios círculos alrededor de la isla. Lo que un momento antes tenía un brillo opaco, era una gigantesca cúpula, una cúpula que ocupaba varios kilómetros de extensión. Aquella cúpula tenía cierta semejanza con

el *Kipsedón*, pero su enorme extensión, el color oscuro de su envoltura y el brillo mate la diferenciaban esencialmente de la creación del jeddad Jumwha.

El viento arrastraba espesas nubes negras hacia la isla. Relámpagos cárdenos cruzaban el horizonte y rayos de fuego descendían sobre los picachos desnudos de las montañas que envolvían el valle con su muralla pétrea. Los elementos de Venus preparaban una fuerte tormenta de gran aparato eléctrico. Las aguas del lago se veían agitadas por el viento huracanado y las olas batían furiosamente contra la isla levantando cascadas de espuma blanca.

Las esferas, volando alrededor de la isla, semejaban dos aves carniceras en busca de una presa codiciada. El vuelo de las aeronaves tacomis era lento y pausado, más todos los aparatos e instrumentos de a bordo funcionaban regularmente, dando y recibiendo instrucciones de sus respectivos cerebros electrónicos.

Yandot parecía estar confiado ante aquella absoluta tranquilidad. Nada en su porte señalaba o indicaba que todo él estaba en completa tensión.

De repente, varias estelas luminosas, que eran otros tantos torpedos aéreos destacándose contra el fondo oscuro de la isla, surgieron de la extraordinaria cúpula avanzando a velocidad cegadora al encuentro de las esferas.

Los cerebros electrónicos tacomis se despertaron bruscamente y, sin que Yandot ni los viejos tripulantes tocaran una sola llave o palanca, los cañones atómicos y eléctricos, los proyectores ígneos o cósmicos y los lanzarrayos paralizadores entraron en juego.

Explosiones ensordecedoras restallaron sobre la quietud del valle oculto, e inmensas corrientes de aire saturado de fuego, bolas de fuego conteniendo los productos de la desintegración atómica y espesas columnas de humo se arrastraron y describieron sinuosas espirales por encima de los picachos nevados.

* * *

Mientras Yandot se alejaba a explorar el terreno, el grupo de terrestres quedó descansando en el calvero junto a unos árboles de altura impresionante.

—¿Adónde habrá ido el hombre rojo? —preguntó Müller.

—A dar otro disgusto a los hombres antena, con toda probabilidad —respondió el sargento Garry.

La quietud del día, que había sucedido a las tribulaciones de la noche, hizo sentir sus efectos en los siete terrestres que una vez se

hubo alejado Yandot se recostaron en el suelo y en breves minutos el sueño comenzó a invadirles.

Jim Shandon decidió hacer guardia en tanto dormían los demás, pero sus ojos cansados difícilmente se mantenían abiertos y de tanto en tanto se cerraban pesadamente.

Dimitri Kazan se acostó al lado de sus compañeros, pero no tardó en ponerse de pie y en comenzar a pasear de un lado a otro dando muestras de gran nerviosidad. Sus ojos se dirigían constantemente hacia el lugar donde descansaba Tania Gurevich. Entonces su mirada adquiría una expresión de dulzura que contrastaba violentamente con los duros rasgos de su semblante. Shandon, viendo que Kazan estaba despejado pensó que el ruso podía avisare de cualquier peligro y no hizo mayores esfuerzos por vencer el sueño.

A los dos minutos sólo quedaba despierto Kazan, que continuaba paseándose lentamente por el claro. De pronto percibió como un suave zumbido. El silencio era casi absoluto. De vez en cuando un animal la selva chillaba en la lejanía, o se oía la carrera precipitada de un monstruo aplastando todo a su paso.

Cogió su fusil y echó a andar hacia su derecha. Apenas dio dos o tres pasos, algo cayó sobre sus espadas y lo derribó con terrible violencia. La fuerza de la caída le hizo soltar el arma. Como pudo se revolvió chillando para prevenir a sus amigos. Pero nuevas figuras, que se escurrían de los árboles, le envolvieron por todas partes imposibilitándole de hacer el más leve movimiento. Unos alambres le rodearon los brazos y las piernas.

Cuando pudo mirar a sus aprehensores soltó una exclamación ahogada de sorpresa. Miró hacia sus compañeros. Todos estaban sujetos y desarmados. Les rodeaban unos veinte seres de gran estatura.

Kazan advirtió que sus compañeros estaban tan sorprendidos como él mismo, pero antes de que pudieran hacer ningún comentario, se percibió un zumbido y sobre las altas frondas de los helechos aparecieron dos helicópteros gigantes y silenciosos, que descendieron hasta casi tocar el suelo. Los prisioneros fueron subidos a los aparatos. Antes de que le impidieran la visión, pudo Kazan ver a sus atacantes borrando toda case de huellas por el claro.

Los helicópteros se elevaron silenciosamente en las alturas y se alejaron de aquellos parajes.

* * *

Niva abrió los ojos lentamente. En contra de lo que esperaba, se encontró bien. Nada le dolía; el cansancio había huido de sus miembros.

Como terrible pesadilla volvieron a su memoria las vejaciones que sufriera en manos de los hombres antena. Éstos y aquella tierra volcánica y prehistórica, donde la muerte acechaba a cada paso y el terror más inhumano se apoderaba de los corazones de forma violenta, juntos, eran capaces de destrozar la resistencia de cualquier persona por muy bien que tuviese templados los nervios.

Tania. ¿Qué habría sido de ella, abandonada en una selva plagada de animales feroces y sanguinarios? Quizá fuese mejor perecer bajo el empuje de los terribles carniceros de la manigua que sufrir la crueldad de los hombres antena. Cuando la muchacha huyó hacia el bosque aprovechando la presencia del estegosaurio, que aplastó a uno de los seres de Tarka hundiéndolo en la ciénaga, Ta-Sal disparó su fusil atómico destrozando la cola del coloso que huyó despavorido, en la misma dirección, precisamente, que escogiera Tania.

Fueron inútiles las tentativas de Niva para que Ta-Sal ordenara buscar a la joven, condenada a morir en la selva sombría. Continuaron marchando por la oscura y ominosa selva. Atravesaron una región sembrada de extrañas rocas, coronaron la cima de una colina y descendieron por la vertiente opuesta salpicada de rocas negras y moteadas. Poco después, Niva se percató de que había desaparecido uno de los hombres antena. Treinta minutos más tarde, sobre la colina que habían dejado tras sí en la rápida caminata, retumbaron varias explosiones.

Los hombres antena silbaron y movieron los brazos hacia atrás, como si los tuvieran descoyuntados, como si el ruido de aquellas explosiones les produjera un regocijo particular.

Niva arrastraba los pies, tronchaba ramitas, dejaba señales de su paso para que Yandot no tuviera dificultades en seguir su rastro. Estaba segura de que el hombre rojo formaba parte del grupo que debía ir a su zaga. Pero las antenas sutilísimas de los tarkas advirtieron su trabajo. Ta-Sal saltó sobre ella y le descargó un golpe feroz en la cabeza. Esta vez no llegó a perder el conocimiento. Pudo seguir caminando por su propio pie. Cuando Tania huyó en la ciénaga, ella se había resistido a proseguir y el jeddad la había zurrado de lo lindo, dejándola en tal estado que el propio Ta-Sal tuvo que cargársela al hombro como un fardo hasta que recuperó las fuerzas.

Pasaron por las cercanías de una mina abandonada y siguieron

avanzando sin descanso a través de la jungla hasta que la noche se les echó encima.

Las tres mujeres se dejaron caer en el suelo rendidas mientras los hombres antena conferenciaban. Dos de ellos se habían quitado las escafandras.

Bruscamente éstos cayeron al suelo fulminados. Niva llegó a ver una sustancia espesa y colorada que les inundaba el repulsivo semblante. Entonces algo bando y limoso la envolvió, una materia odiosa de la que hizo desesperados esfuerzos por librarse sin conseguir nada. Niva vio que sus dos compañeras sufrían el mismo ataque que ella. Aquella materia extraña fue pegándose más y más a sus semblantes, haciéndoles arder los ojos y la garganta, debilitando al propio tiempo sus miembros.

Lanca y Olga se desplomaron inertes y Niva notó que estaba perdiendo el conocimiento. Antes de caer de bruces en la tierra esponjosa vio a Ta-Sal y a otro hombre antena balanceándose en el aire fantasmalmente.

Niva volvió a abrir los ojos. Se preguntó qué habría sucedido. Vio a sus dos compañeras que se revolvían en sus camastros agitadas como por una terrible pesadilla. Miró a su alrededor. Vio paredes desnudas, frías, sin adornos, paredes que bien podían ser rocas excavadas. Una puerta de material desconocido cerraba la habitación alumbrada por una bombilla corriente.

Mientras contemplaba extrañada aquel foco, Lanca y Olga se incorporaron mirándose una a otra aturdidas.

Tres minutos después la puerta giró sobre sus goznes y aparecieron dos figuras, que no resultaban repulsivas y horribles y sí, sin embargo, agradables.

De momento las jóvenes se quedaron asombradas. Luego soltaron exclamaciones ahogadas. Sus carceleros eran mujeres, mujeres de cabellos muy oscuros y semblantes cobrizos. Eran altas, pero no excesivamente, bien proporcionadas y bellas. Sí, podían ser bellas y de hecho lo eran. Pero... ¿cómo era posible aquello...?

Una de las mujeres cobrizas tendió su brazo hacia la puerta. Las tres jóvenes salieron de la celda siendo conducidas a través de un pasadizo excavado en la roca a una gran caverna de altas bóvedas y escaso mobiliario.

Aquella caverna no tenía ninguna semejanza con las de Kiyul, en la Luna. La metrópoli subterránea de los hombres antena estaba dotada de todos los adelantos técnicos y comodidades.

Esperaron pacientemente. Al cabo de un momento penetraron en la sala varios hombres de gran altura. Vestían pantalones negros y

capas verdes. Calzaban botas de cuero y llevaban la cabeza afeitada en su parte izquierda. Delante de todos iba un individuo joven, alto y delgado. Su nariz aguileña y su cabello negro, junto con la forma de caminar flexionando en demasía las rodillas y el color de su piel, hicieron exclamar a Olga y Lanca:

—¡Yandot!

Pero Niva negó con la cabeza.

—No es Yandot. Pero sí un hombre de la misma raza tacomis y de considerable parecido físico.

Los tacomis rodearon una especie de tablado en el que se levantaba una silla con un alto respaldo y miraron a las terrestres, mientras el joven que había llamado la atención de aquéllas tomaba asiento en el trono, porque otra cosa no parecía. Sus rostros impasibles no reflejaban el asombro que debía causarles la contemplación de aquellas criaturas de piel blanca. Miraron especialmente los cabellos rubios de Niva.

El joven sentado en el trono y que, sin duda, era el jeddad de los otros, habló en voz gutural, mas ninguna de las terrestres comprendió sus palabras puesto que ellas desconocían la lengua tacomis.

El jeddad hablaba ahora en el lenguaje de los hombres azules, limitándose Niva a mover negativamente la cabeza sabiendo que aquel movimiento era comprendido por los seres de Tacom. Tras los sonidos silbantes de Tarka escucharon las voces arrastradas de los hombres amarillos de Tumpa. Niva negó de nuevo con la cabeza y, recordando de súbito el saludo que había visto emplear a los tacomis del *Kipsedón* se llevó la mano derecha al pecho extendiéndola continuación.

Si este gesto produjo algún efecto en los tacomis, éstos se guardaron muy bien de demostrarlo.

El jeddad habló con los hombres que le rodeaban y dos de ellos abandonaron la sala para volver al poco rato conduciendo a Ta-Sal y a su compañero, los cuales fueron obligados a arrodillarse delante del joven tacomis. Las terrestres presenciaron acto seguido un interrogatorio salpicado de golpes y exclamaciones chillonas y estridentes. El compañero de Ta-Sal fue el primero en flaquear, enzarzándose en un intercambio rápido de palabras con el jeddad de los tacomis.

Por las mentes de las tres jóvenes terrestres pasaban los mismos pensamientos: ¿Qué hacían los tacomis en Venus? ¿Cómo llegaron allí? ¿Desde cuándo se hallaban asentados en el planeta misterioso?

Los hombres antena fueron sacados a rastras de la sala. El

jeddad se levantó, se acercó a las mujeres y se inclinó levemente ante ellas… llevándose mano al pecho en señal de amistad.

* * *

Los helicópteros volaron sobre el caudaloso río encajonado entre escarpados murallones de roca y cuyas aguas hervían de espuma y se precipitaban una milla más abajo por una cascada de cien metros de altura. En el punto donde las aguas se desbordaban por un terreno de suave ondulación, cubierto de enormes árboles que tendían sus ramas sobre la corriente, los helicópteros disminuyeron su velocidad, y poco después penetraban bajo una techumbre verde a cuyo final se abría un túnel negro, espantosamente negro.

Sin embargo, los pilotos maniobraron con soltura y no vacilaron en lanzarse sobre la boca de la enorme caverna por donde desaparecía un ramal del río. Las tinieblas se diluyeron al ser asaetadas por los haces amarillentos de potentes reflectores que guiaron a los pilotos hasta una enorme plataforma natural donde posaron suavemente, sin la menor brusquedad, sus aparatos.

Los terrestres fueron sacados de los helicópteros. Les quitaron las escafandras y las ligaduras de los brazos. Miraron a su alrededor, curiosos. Vieron muchos helicópteros sobre la plataforma y embarcaciones amarradas, por medio de cables, a pilotes levantados junto al río.

Tiraron por uno de los innumerables corredores que desembocaban en el río y, después de atravesar varios pasadizos débilmente alumbrados, fueron introducidos en una sala cuadrada bastante espaciosa y, sobre todo, muy iluminada. Tres sillones colocados a una altura superior estaban ocupados, respectivamente, por un anciano de cabellos blancos y largos, un joven, cubiertos los hombros desnudos por una capa de color verde, y un individuo de gran corpulencia con la cabeza afeitada a excepción de un grueso mechón y una capa colorada sobre sus robustos hombros.

El individuo tocado con la capa roja les miró belicosamente, mientras el más joven parecía estudiarles con atención. Los terrestres callaban rodeados de sus guardianes, esperando los acontecimientos. Ninguno se explicaba la presencia de aquellos tacomis (porque eran tacomis, de eso no cabía duda) en Venus. Kazan y el profesor, los únicos que habían estudiado el idioma tacomis y lo comprendían bastante bien, se hallaban ansiosos por entablar conversación con aquellos tres personajes y explicares su amistad con los tacomis del *Kipsedón*.

—¿Alguno de vosotros entiende el lenguaje de los tacomis?

—Este hombre y yo lo hemos estudiado, jeddad —se apresuró a contestar el profesor—. Pregunta, que yo responderé la verdad.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—Somos habitantes de la Tierra —contestó con aplomo Augustus Hoppel—, el planeta más cercano a Venus. Somos aliados de los tacomis que viajan en el *Kipsedón*...

—¿El *Kipsedón*? ¡Eso no es cierto! Hace dos mil años que el *Kipsedón* partió de Tacom. No se supo jamás de él.

—Pues yo, Augustus Hoppel, te aseguro que el *Kipsedón* existe y constituye la maravilla más grandiosa que jamás contemplaron mis ojos. Todos sus tripulantes son viejos casi inútiles, mas está gobernado por los siete hijos del gran Jumwha, desgraciadamente fallecido, como su sucesor el jeddad Vertex. Hace cien años y no dos mil que salieron de Tacom buscando un mundo que reuniera las mismas o semejantes condiciones de habitabilidad para asentar en él la civilización tacomis, en trance de desaparecer ante los ataques de los hombres antena y el súbito congelamiento de Tacom. Aterrizaron en la Tierra, donde nos hicieron prisioneros para que les ayudáramos a emprender viaje de regreso. Ahora somos sus aliados. Descubrimos una base tarka en la Luna que ha caído en nuestro poder con un considerable número de aeronaves siderales, que sólo necesitan buenos tripulantes que las conduzcan en su lucha contra Tarka. El jeddad Temoc ha decidido entablar una batalla a muerte con la flota de invasión tarka que se aproxima a esta galaxia. Tal vez en estos momentos esté atacando las bases que los hombres antena mantienen en Marte y Júpiter.

»Cuatro de nuestras mujeres fueron raptadas por un grupo de prisioneros que consiguió escapar en un aerocohete, al cual nosotros perseguimos en dos esferas volantes mandadas por Yandot, el hijo menor de Jumwha. El aerocohete se estrelló y seguimos las huellas de los hombres antena hasta que fuimos capturados por tus hombres, impidiéndonos rescatar a las mujeres. Éste es nuestro relato.

—Parece increíble —dijo el jeddad en voz profunda y evidentemente emocionado por primera vez, quizá, en su vida—, pero yo, Tug-Zi, conozco la verdad cuando brota de los labios. Has traído la esperanza a mi pueblo. Sed bienvenidos a Kalat.

El jeddad hizo una seña a sus hombres, quienes se apresuraron a librar a los terrestres de sus ligaduras.

Kazan, más observador que los otros, habiéndose enterado además de la conversación sostenida entre el profesor y Tug-Zi, se percató de que el anuncio de la existencia del *Kipsedón* había

causado un profundo asombro a todos tacomis; asombro y alegría, eso reflejaban sus cobrizos semblantes hasta entonces impasibles.

El jeddad se levantó de su sillón siendo imitado por los dos suts y, señalando hacia la puerta, invitó:

—Si tenéis la bondad de seguirme os conduciré ante una mesa repleta de exquisitos manjares.

Precedidos por el jeddad, los terrestres pasaron una caverna artificial, de forma rectangular, en la que se hallaba dispuesta una mesa, como había dicho Tug-Zi, rebosante de sabrosos manjares. Los jefes tacomis tomaron asiento también. Los terrestres comieron con apetito, deseosos de acabar cuanto antes para formular una serie de preguntas de cuyas respuestas tantas cosas dependían.

Kazan y el profesor Hoppel habían enterado a sus compañeros de la conversación sostenida con el jeddad. Ardían en impaciencia por averiguar si los tacomis sabían algo del grupo de hombres antena que perseguían.

Pero tuvieron que esperar bastante antes de que su impaciencia fuera camada. El profesor, dirigiéndose al jeddad, le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que os establecisteis en este planeta?

—Más de treinta años. Los hombres antena se lanzaron sobre Tacom y Tumpa destruyendo las ciudades por medio de un ataque sorpresa. Nuestros dirigentes concibieron el proyecto de salvar la civilización tacomis, y mientras se combatía desesperadamente en los campos de batalla y en los espacios aéreos, numerosas astronaves cargadas con todo lo necesario para la vida y sustentación de una persona partieron de Tacom. En cada astronave viajábamos mil personas de ambos sexos. Aeronaves tarkas nos siguieron por el espacio con ánimo de acabar para siempre con los tacomis. Hubimos de separarnos ante el temor de sucumbir todos. Penetramos en este sistema solar y descendimos sobre este planeta. Tres astronaves con un total de tres mil personas. Construimos una ciudad, roturamos los campos, explotamos las minas, progresamos rápidamente con la esperanza de llegar a poseer todas las comodidades perdidas con Tacom. Establecimos contacto con otros núcleos de tacomis dispersos por el espacio. Pero un buen día, de esto hace diez años, aparecieron los hombres antena, los cuales se lanzaron sobre nuestra ciudad, destruyéndola y desembarcando fuerzas considerables que nos acosaron sin cuartel. Logramos escapar a las montañas y tuvimos la suerte de encontrar estas enormes cavernas que agrandamos con el esfuerzo conjunto de todos los supervivientes. Poco a poco hemos ido recuperándonos. A pesar de conocer todos los adelantos de la técnica, no podemos

construir armas ni aparatos por falta de medios y posibilidades, ya que los hombres antena ejercen una vigilancia sumarísima sobre estas regiones. Nos vemos precisados a emplear helicópteros para trasladarnos de un punto a otro. Hemos organizado guerrillas especializadas en la lucha en la jungla y atacamos constantemente las minas y las posesiones de Tarka en una lucha sangrienta y sin cuartel. A pesar de nuestros escasos medios, poseemos emisoras de gran alcance, telescopios, aparatos de radar y televisión y una serie de tubos lanzatorpedos atómicos, que conseguimos salvar desmantelando un aerocohete. Hemos agotado casi completamente nuestras provisiones de proyectiles atómicos. Apenas somos dos mil tacomis, un puñado de hombres si lo comparamos con los cien mil tarkas que habitan la isla de Yer-Mun.

—¿Cien mil?

—Hay varios millones asentados en Marte y Júpiter, aguardando a la flota procedente de Tarka. Todos los tacomis hemos jurado oponernos con todas nuestras fuerzas al avance enemigo, pero sabemos que va a ser inútil, a pesar de que se volcarán para entonces centenares de aeronaves tacomis procedentes de otros mundos, donde las condiciones de vida son dificilísimas. Es una lucha por nuestra propia subsistencia. Pero todo es inútil. Seremos irremisiblemente liquidados porque los hombres antena tienen el poder, la fuerza y la superioridad del número.

—¿No tienes en cuenta la presencia del *Kipsedón* en la lid? —exclamó el profesor—. Yandot se encuentra en Venus. Vinimos en dos esferas volantes, especial creación del gran Jumwha.

—Ya lo dijiste antes —replicó Tug-Zi—. Sí, conocemos la presencia de las dos esferas sobre el valle de la Muerte. No hemos perdido un solo instante sus movimientos, siguiéndolas con los telescopios y las pantallas de radar. Las vimos aparecer sobre el lago de barro y acercarse al lugar donde se halla el aerocohete que derribamos nosotros con los torpedos atómicos.

—¿Así, pues, los hombres antena se vieron obligados a un aterrizaje forzoso antes de que pudieran llegar a su base?

—Cierto. Poco después llegaron las esferas, cuya extraña forma nos sorprendió. Las vimos, como decía, sobrevolar el lago de barro. Desde ese momento no perdimos de vista uno solo de los movimientos de los hombres antena y de sus perseguidores. Una de las esferas se enfrentó con dos aparatos tarkas que acudían de Yer-Mun en socorro del aerocohete derribado. La esfera destruyó las dos naves enemigas, y luego, unida a la otra, atacaron un convoy sideral, dispersándolo e infringiéndole grandes pérdidas.

Empezamos a comprender que habíamos recibido una ayuda inesperada. Una de nuestras guerrillas se apoderó de vuestro equipo…

—Impidiéndonos rescatar a las mujeres en poder de los hombres antena.

Los ojos de Tug-Zi brillaron maliciosos. Estaba sonriendo en su interior.

—Los hombres antena no consiguieron llegar a Yer-Mun —dijo.

—¿Qué quieres decir?

Por toda respuesta, el jeddad dio una orden gutural y, a poco, unos guerreros entraron en la sala dando escolta a Lanca Hoppel y a las rusas Olga Fedorova y Niva.

Entre la alegría correspondiente y el asombro los terrestres, Tug-Zi dijo:

—En ningún momento han sido consideradas prisioneras.

Derek estrechó fuertemente contra su pecho Lanca, que lloraba de alegría. Luego, la joven abrazó a su padre.

Olga saludó con los ojos brillantes de emoción a Müller, Shandon y Garry, mientras Niva, después de saludar a Kazan y Tania, paseaba la mirada por los rostros de los allí presentes. Se notó, sin embargo, algo extraño en su comportamiento, como un paño de tristeza que trataba de ocultar, aunque era bien visible.

* * *

El relámpago iluminó todo el firmamento sobre la isla de Yer-Mun. Fue un relámpago diabólico, azulado en su centro, amarillento en su borde, con franjas anaranjadas que hizo arder las nubes momentáneamente. El trueno rodaba por el infinito y el ruido de la tormenta era ensordecedor.

Las esferas, destruidos los primeros torpedos tarkas, se arrojaron sobre la isla y su enorme cúpula opaca, contra la que eran impotentes todos los artefactos bélicos, a excepción de los rayos desintegradores.

Yandot empleaba un proyector de poca potencia, con el que abría pequeñas brechas en la gruesa cúpula de material semejante al kass, por las que se proponía introducir algunas bombas atómicas y de cobalto.

Pero, repentinamente, el cielo se pobló de naves que ascendían al encuentro de las esferas dejando tras sí fugaces rastros de fuego. Las trazadoras azules de los cohetes radiodirigidos y las ráfagas coloradas de los torpedos, guiados hasta su destino por un cerebro electrónico, se confundían con los rastros luminosos de las

aeronaves contendientes y los relámpagos amarillentos de la tormenta.

Yandot hizo subir verticalmente su aparato incrustándolo en la zona nubosa, al tiempo que ponía en funcionamiento los rayos paralizadores y los neutralizadores de las ondas del radar.

Dos minutos después, sólo dos torpedos seguían tras la estela de las esferas, pero los tacomis soltaron dos cohetes, que buscaron en el aire a los torpedos. Dos grandes explosiones indicaron segundos después el final de los proyectiles tarkas.

El aparato de radio empezó a zumbar. Una cinta magnetofónica recogía todos los mensajes que se transmitían por aquel sistema, mensajes que un cerebro electrónico se encargaba de leer apenas acababa la radio de funcionar. En este caso recogió el siguiente:

—Kazan a Yandot: Sigue rayo emitido por emisora tercer cuadrante.

El hombre rojo, sin hacer ningún comentario con sus hombres, manipuló en la radio y escuchó las pulsaciones que emitía el altavoz. Cuando aquellas pulsaciones se convirtieron en puntos, Yandot dio una orden gutural.

Las esferas siguieron la onda que mandaba la emisora de los tacomis de las cuevas. Cuando, surgiendo de las nubes, se dejaron caer sobre el río, un helicóptero les indicó el camino entre los escarpados murallones.

Unos minutos más tarde las dos esferas se posaban sobre la plataforma situada junto al río subterráneo. A través de las paredes transparentes de kass, pudo Yandot ver una gran multitud de tacomis que levantaban sus brazos aclamándoles.

Cuando descendió por la rampa, seguido de los viejos tripulantes, un griterío formidable retumbó en las cavernas.

El hombre rojo giró silenciosamente la vista en torno. La contemplación de aquellos seres de su misma raza le produjo la segunda emoción de su vida. Representaban, para él, el fracaso del viaje del *Kipsedón*, el sacrificio estéril del gran Jumwha, del jeddad Vertex y de tantos otros. Simbolizaban por otra parte, la gloria de la raza de Tacom.

Yandot avanzó al encuentro del grupo de terrestres apiñados junto a los jefes tacomis. Su mirada profunda se clavó en Niva, la primera emoción del hombre rojo, la mujer de los cabellos de oro. Niva sostuvo la mirada, y había una gran ternura en sus ojos cuando miró, a su vez, a Yandot.

El hombre rojo se estremeció ligeramente.

CÁPITULO VII

OBJETIVO: LAS BASES DE TARKA

R

einaba una gran actividad febril en las cavernas de Kalat. Los hombres limpiaban sus armas o revisaban sus aparatos para que llegado el momento respondieran al esfuerzo de sus dueños. La llegada de Yandot con las dos esferas había levantado la moral de todos, haciéndoles concebir dulces esperanzas de luchar con los hombres antena en igualdad de condiciones.

Se había celebrado una conferencia entre el jeddad Tug-Zi y Yandot, a la que habían asistido los principales jefes de Kalat y los terrestres. De aquella reunión salió el proyecto de atacar la isla de Yer-Mun.

Todos los tacomis en edad de empuñar un arma se hallaban dispuestos para la pelea. Sus lanchas de desembarco, sus vehículos y sus helicópteros habían sido repasados hasta el detalle. Yandot estableció contacto con el *Kipsedón*, y de resultas de aquella comunicación la gigantesca astronave se dirigía hacia Venus.

Desde lo alto de la tribuna, Yandot echó un vistazo a las fuerzas que iban a componer las tropas de asalto a la ciudad cúpula de Yer-Mun. Comprendió que eran guerreros avezados en el combate, dignos representantes de la raza tacomis, pero muy escasos en número para combatir sin la ayuda del *Kipsedón* y de su ejército mecánico contra el poderío de Tarka.

Seiscientos tacomis, altos y fuertes, aparecían formados disciplinadamente en la gran plataforma que daba entrada al refugio de las cavernas. Las tripulaciones de las lanchas ocupaban sus puestos mientras los helicópteros, alineados a un extremo, esperaban recibir en su seno los grupos de asalto que debían lanzarse a la conquista de la isla.

Empresa propia de colosos. Así lo veían los terrestres, especialmente Derek y Kazan pues, ¿qué representan mil hombres al lado de los cien mil que poseía Tarka en Yer-Mun, dotados de las armas más mortíferas y terribles? Sólo el *Kipsedón* podía inclinar la balanza a su favor.

Los aparatos de radar funcionaban bajo la mirada atenta de sus servidores.

Mas, como ya había hecho notar Yandot, el *Kipsedón* surgió de las nubes que rodeaban Venus, silenciosamente y sin que ningún aparato tacomis hubiese marcado su proximidad. La vista del

enorme pájaro azul, moviéndose lenta y suavemente en el espacio, sobrecogió de admiración a los habitantes de las cavernas. Una aclamación unánime brotó de sus gargantas, mientras las mujeres, llevando a sus niños en brazos mostraban a éstos el fruto de todas sus esperanzas.

Pero el *Kipsedón* no venía solo. Veinticinco colosales astronaves, cincuenta bombarderos cohetes y ciento veinticinco aeronaves de forma puntiaguda, capturados intactos todos ellos en la base de Kiyul a los hombres antena, aparecieron tras el grandioso disco volador. Aquellas aeronaves iban tripuladas por los tumpis, aliados circunstanciales de los tacomis desde que Temoc, el jeddad del *Kipsedón*, les prometiera la libertad si luchaban a su lado.

Tras las naves de Tumpa surgieron tres esferas semejantes a las de Yandot y veinte destructores, aparatos de terrible eficacia en el combate aéreo. Se echaba de menos la presencia de los platillos volantes, pero sin duda Temoc había decidido reservarlos dejándolos destacados en la Luna con el resto de las fuerzas: cincuenta aerocohetes.

El *Kipsedón* se posó en un claro de la selva verde y exuberante, mientras las demás naves volaban en formaciones densas, a distintas altitudes. Inmediatamente Yandot, los terrestres, exceptuadas las mujeres que quedaron en Kalat, y los jefes tacomis de Venus se trasladaron a bordo del *Kipsedón* por los caminos que sólo los últimos conocían perfectamente.

El Gran Consejo tacomis estaba reunido en la sala de conferencias. Cartas siderales ocupaban las paredes junto a varias pantallas de televisión y algunos microteléfonos interiores. La mesa de vidrio, a cuyo alrededor se sentaban los hijos del gran Jumwha, excepto Parno que había quedado al frente de la base de Kiyul, y los restantes miembros del consejo, tenía en su centro un plano a escala del *Kipsedón*, con las armas imperiales de la casa reinante en Tacom. La luz, fluorescente y difusa, iluminaba fantásticamente los rostros cobrizos e imperturbables de los tacomis.

El encuentro del jeddad Tug-Zi con Temoc fue sencillo y sin ninguna clase de ceremonias, pero Kazan, que empezaba a conocer la psicología de aquellos seres, comprendió que tanto el uno como el otro estaban dominados por la máxima emoción.

Tug-Zi se inclinaba reverente ante el primogénito del gran Jumwha, el héroe de Tacom, que como nuevo Ulises mitológico se había lanzado a la conquista del espacio, de ello hacía dos mil años.

El profundo misterio de la vida sideral había hecho posible aquel milagro. Navegando a velocidades que en algunos momentos

se aproximaron a la de la luz a causa de la aceleración constante, el tiempo se había detenido casi para los tripulantes del *Kipsedón* mientras Tacom sucumbía bajo el zarpazo brutal de Tarka, y sus emigrantes fugitivos se asentaban en Venus mucho antes de que el *Kipsedón* perdido en el Universo, penetrase en el sistema planetario del que formaba parte la Tierra.

Temoc analizaba fríamente la situación. Pensaba en el sacrificio estéril de su padre, pues su empresa había sido baldía. No importaba que ahora, surgiendo de improviso, junto a un exiguo número de tacomis debiera luchar contra Tarka. El plan inicial había fallado.

Sin ceremonias, sin preliminares engorrosos y sin comentarios, una vez sentados todos alrededor de la mesa de vidrio, Temoc se levantó dando comienzo al Gran Consejo de Guerra.

—Hermanos —dijo—. Este momento histórico será recordado por nuestros descendientes hasta el fin del mundo. Cuando el gran Jumwha, creyendo en las honradas intenciones de los hombres antena, quienes concertaron con Tacom una tregua de cien años, abandonó nuestro planeta, todos sabemos con qué objeto, no pudo prever el futuro que hoy reúne aquí a los representantes de dos épocas alejadas en el tiempo para luchar contra el mismo y siempre odiado enemigo. Hemos iniciado la guerra, una guerra que siempre estuvo latente en nuestros espíritus. Primer objetivo del plan general de campaña: las bases de Tarka.

»Como terrible plaga que todo lo aniquila, así se ha extendido el poderío de Tarka. Endiabladamente inteligentes y astutos, los hombres antena no han llegado alcanzar, sin embargo, los conocimientos creadores del gran Jumwha, el cual desarrolló durante su viaje sideral el secreto de los rayos desintegradores, arma que nos confiere una superioridad manifiesta en las batallas aéreas. No obstante, recogimos en Kiyul la prueba evidente de que los hombres antena empiezan a experimentar los primeros proyectores de tales rayos mortíferos. Si el Creador del Universo les hubiese dotado de vista, siglos haría que Tarka se habría constituido en dueña y señora de todo lo conocido.

»Poseyendo esta arma destructora, no he vacilado un segundo en lanzarme a la lucha. Sólo destruyendo las bases de Tarka o apoderándonos de ellas antes de que la gran flota de invasión arribe a este sistema solar, tendremos algunas probabilidades de vencer. Sabemos por nuestras naves de exploración y por los prisioneros, que en Marte gimen millones de marcianos bajo el yugo tiránico de Tarka. Los libertaremos. Unidos los marcianos, los hombres

amarillos y los tacomis dispersos éstos por los mundos de esta galaxia, a nuestras fuerzas, impediremos que los tarkas se establezcan en este sistema planetario, empujándoles hacia otros mundos donde perezcan por terrible necesidad.

»Sin pérdida de tiempo posible, atacaremos la isla de Yer-Mun, cuya existencia conozco por los mensajes transmitidos en clave por mi hermano Yandot, pues no excluimos la posibilidad de que hayan sido interceptados por los hombres antena. Éstas son mis órdenes. El plan de ataque lo expondrá Zanu.

El gigantesco sut de la guerra se levantó.

—Ante todo contamos con el elemento inapreciable de la sorpresa —empezó diciendo—. El ataque a la isla de Yer-Mun se desarrollará del siguiente modo...

* * *

Dimitri Kazan estaba celoso, rabiosamente celoso. Había ido a despedirse de Tania y la encontraba hablando y sonriendo al teniente Wilson. Por lógica asociación de ideas culpó de toda su desdicha amorosa al americano.

Apretando duramente los dientes salió a su encuentro.

—¿Puedo hablar un momento con usted, teniente?

Wilson asintió con la cabeza.

—Usted dirá.

—He visto que está asediando continuamente a Tania. Le aconsejo que la deje en paz.

Wilson soltó un respingo de sorpresa. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica.

—¿Quién es usted para darme órdenes de esa naturaleza? Tania es muy bonita y me gusta, y parece ser que tampoco le soy indiferente por completo. Si usted la pretende, luche por conseguirla noblemente.

—¡Estúpido fanfarrón! —espetó Kazan levantando el puño y descargándolo con terrible fuerza en la barbilla del sorprendido americano.

El teniente cayó hacia atrás, al tiempo que Tania soltaba un grito de espanto. Wilson intentó incorporarse, pero Kazan no le dio tiempo. La rabia, los celos y la envidia le impulsaban a aquella pelea. Se lanzó sobre su adversario haciendo describir a sus brazos una serie escalofriante de molinetes.

Otro que no fuera Wilson habría perdido el conocimiento ante el ataque violento del ruso, mas el teniente era joven y fuerte y resistió bastante bien el castigo. Mientras retrocedía se recuperaba

rápidamente.

Kazan dio un grito de alegría cuando vio a su rival tambalearse de nuevo, pero su grito fue cortado en seco al recibir un golpe tremendo entre ceja y ceja que lo derribó al suelo como si fuera un buey herido.

Aturdido y sacudiendo su cabeza, se puso de rodillas, aprovechando Wilson su ventaja para asestarle un gancho de derecha en el mentón que lo proyectó a varios metros de distancia. Haciendo un gran esfuerzo, Kazan se levantó. Estaba semiinconsciente, pero atacó con los brazos abiertos descargando golpes sin ton ni son, que eran esquivados con gran facilidad por el teniente. No obstante, uno de aquellos mazazos alcanzó a Wilson en el pómulo izquierdo, replicando el teniente, con un uppercut y un puñetazo en el estómago.

Kazan parecía no sentir los golpes que recibía con terrible contundencia. Su cuerpo, curtido por el trabajo y el frío de Sibiriakof, poseía la dureza del granito. Carecía de técnica luchando, mas suplía este defecto con una gran resistencia física.

Wilson más luchador, atacó en tromba dispuesto a terminar de una vez.

—¡Alto! —rugió la voz de Yandot.

El hombre rojo ejercía un gran dominio sobre los demás. Los dos rivales quedaron inmóviles contemplando al tacomis, detrás del cual aparecía Tania. La muchacha le había avisado de lo que sucedía, con toda probabilidad.

—¡Marchad! —ordenó Yandot.

Sin pronunciar una sola palabra, los dos terrestres se alejaron hacia el río, donde se habían congregado todos los habitantes de Kalat.

La alegría que dominara a los tacomis de las cavernas al presenciar la llegada del *Kipsedón* se había transformado en un silencio preñado de tensión y nerviosismo.

Las mujeres, los niños y los ancianos, impedidos físicamente para tomar parte en la expedición, se agrupaban en la plataforma despidiendo a los suyos, que se embarcaban en las lanchas amarradas a la orilla o subían a los helicópteros.

Lanca, abrazada a su marido, contenía los deseos de llorar. Sólo a duras penas pudo reprimirlos.

—Volveré, cariño —decía el capitán—. He arrancado de Temoc la promesa de que seremos devueltos a la Tierra si vencemos a los hombres antena. Y entonces nunca nos separaremos.

—No te expongas demasiado. Si te ocurriera algo, la vida no

tendría, en adelante, alicientes para mí.

Derek la besó y, desprendiéndose de su cálido abrazo, saltó al automóvil que le esperaba para trasladarle al *Kipsedón*.

—Müller —llamó—. Es hora de partir.

Pero el alemán estaba muy ocupado en aquel momento. Miraba fijamente a Olga y la expresión de su semblante era más solemne que de costumbre.

—Sé perfectamente, Olga —decía—, que nada puedo ofrecerte, pues nada tengo y nada soy, sino un fugitivo sin fortuna y posición. Siempre te he querido, aunque he procurado mantenerme a distancia. Ello fue en el campo de Sibiriakof. Cuando te pusiste enferma, ¿te acuerdas? preguntaba a Niva por tu estado de salud. En este aspecto nunca agradeceré bastante a Yandot el que te salvara de la muerte. Pero fue después, al lograr escapar, cuando empecé a creer que la vida abría nuevos y anchurosos horizontes ante mí. Esperé el momento oportuno para declarar este amor que me abrasaba interiormente. En Kiyul te abordé disimuladamente, sorprendiéndome con tus bruscas reacciones; intenté hablarte, pero estabas nerviosa y comprendí que el tan ansiado momento no había llegado aún. Hoy, sin saber realmente si te has fijado en mi persona, si me quieres o desprecias, te digo con todo mi corazón: Te quiero, Olga. Te quiero y deseo que seas mi mujer.

Calló el alemán, escrutando las reacciones de la joven ucraniana. Resplandecían de gozo los ojos de ésta, pero Müller sólo veía chispitas de furia por haberse atrevido a dirigirle la palabra de aquel modo.

—Te esperaré —dijo iniciando un movimiento de retroceso, que Olga detuvo con un gesto.

—Escúchame, Müller. Hace tiempo que aguardaba esa declaración. Dices que no tienes posición ni fortuna, ¿acaso las tengo yo? Es posible que mi amor no sea todo lo romántico que tú deseas pero yo también te quiero y procuraré ser una buena esposa para ti.

El aire de tragedia desapareció como por arte de magia del rostro cejijunto del alemán. Violentamente enlazó a la ucraniana por el talle y se inclinó sobre sus labios, besándolos. Su caricia fue devuelta con creces.

Yandot, tras haberse interpuesto entre Wilson y Kazan, presenció esta última escena. Se detuvo, girando sus ojos en derredor. Vio a Niva que escuchaba a la excitada Tania. Los cabellos dorados de la rusa reflejaban los rayos de las lámparas. Su cutis marfileño contrastaba con el broncíneo de Tania y aún más con los cobrizos

de las mujeres tacomis que se apretujaban en la plataforma.

El hombre rojo vaciló. Luego, emitiendo un apagado gruñido, continuó su camino. Malo era sufrir de amor. Así se lo habían dicho los viejos del *Kipsedón*. Consideraba a Niva como una criatura perfecta y se sentía ante ella empequeñecido, él, el gran Yandot, predestinado según los tacomis del *Kipsedón*, a ser un día el jeddad Supremo, el Kar de Tacom. Ante ella abatía la mirada, incapaz de leer en su cerebro, por temor a descubrir algo terrible que pudiera herirle para siempre en el corazón. Tenía miedo de hacerlo, él que había despreciado a los cobardes.

Tug-Zi le indicó el asiento conjunto. Al disponerse a subir, sintió él que le tocaban en un brazo. Se volvió lentamente. ¡Era ella!

—¿Acostumbras a despedirte así de tus buenos amigos, Yandot?

Era música para sus oídos aquella melodiosa y agradable voz. Los azules y hermosos ojos le miraban intensamente, demasiado intensamente.

—¿Para qué perder tiempo en despedidas? —dijo—. Si muero, nadie se acordará de mí. Habré pasado a engrosar el número de tacomis cuyos espíritus moran en el *Kipsedón*. Si regreso, de nuevo partiré al combate y la despedida habrá sido inútil.

—Eres cruel contigo mismo, Yandot —murmuró Niva—. Mi deseo es que retornes vencedor. Tienes amigos que te aprecian.

Niva giró sobre sus talones y se encaminó hacia el grupo que formaban Lanca, Tania y Olga. El hombre rojo columbró unos instantes su magnífica aura entre la multitud que se apiñaba en el embarcadero, y luego la perdió de vista. Los automóviles arrancaron…

* * *

Tres puntitos negros se dejaron caer de las nubes sobre la isla de Yer-Mun. Tres puntitos que se convirtieron en tres alargados y ominosos aerocohetes de Tarka que dejaban tras sí un rastro humoso y rectilíneo.

El Sol brumoso que se divisaba raramente entre las nubes lanzaba sus rayos verticalmente contra la maravillosa cúpula verde oscura de la isla, arrancando de ella cegadores reflejos.

El tiempo era apacible y caluroso. Las aguas del lago lamían dulcemente las orillas, y los árboles de las plantaciones apenas movían sus ramas. El silencio y la tranquilidad eran absolutos.

Los aerocohetes descendieron sobre Yer-Mun. Un agujero enorme se abrió en la formidable ciudad-cúpula, descubriendo lo que era una alargada y anchurosa pista de cemento con grandes

construcciones de acero y hierro a ambos lados. Cuando los aerocohetes, disminuyendo su velocidad, se dispusieron a penetrar en la abertura de aterrizaje, de sus proas puntiagudas escapó un chorro de torpedos atómicos y de cobalto, e inmediatamente las naves impulsadas por toda la fuerza de sus motores, ascendieron verticalmente hacia las nubes.

Las compuertas de la cúpula empezaron a cerrarse demasiado tarde para impedir la catástrofe. Los torpedos se colaron en la ciudad cúpula de Yer-Mun.

Una explosión atronó todos los ámbitos de la isla, una gigantesca explosión que estalló en fulgores aframbuesados. Una gran parte de la coraza de la cúpula de aquel sector fue arrancada de cuajo y proyectada a muchos miles de pies de altura. Un turbión de vapores, bases, humo y fuego surgió de la abertura convirtiéndose en una grandiosa nube en forma de seta, que se elevó rápida hacia las alturas entre un considerable número de estallidos y detonaciones menores que se corrían por el interior de la cúpula.

Las corrientes de aire, producidas por la espantosa onda explosiva, arrancaron de raíz todos los árboles de las cercanías y aun llevaron sus efectos hasta las plantaciones de tierra firme, arrasándolas. Los picachos nevados de las montañas se desprendieron de su peso, y grandes deslizamientos de rocas, tierra y nieve cayeron formando aterradores aludes. El ruido era general en todo el valle. El eco, empujado de una parte a otra, era devuelto por las montañas y detenido sobre Yer-Mun, un infierno horrible.

Pasados apenas unos minutos, las nubes se abrieron, por así decirlo, brotando de su interior la flota de combate aliada. El *Kipsedón*, seguido por la cohorte de las esferas, los destructores, las astronaves, los bombarderos cohetes y los aerocohetes, se lanzó a través de las columnas de humo que todo lo invadían contra la castigada cúpula.

Llovieron bombas a centenares, bombas atómicas y de cobalto. Cayeron proyectiles de todas clases. Los proyectores desintegradores del *Kipsedón* convertían en una pesadilla de espanto las terribles escenas que los terrestres presenciaban desde la cámara de control de la astronave. Veían descender la muerte y la destrucción del cielo y miraban sobrecogidos, y en cierto modo horrorizados, la hecatombe más grandiosa jamás presenciada por ojos humanos.

Sin embargo, pese a los incendios, las explosiones y el huracán devastador que se abatía contra la isla empezaron a elevarse aparatos, una gama impresionante de aeronaves negras, al

encuentro de la flota aliada. Al mismo tiempo las defensas de la isla, pasado el primer momento de sorpresa, entraron en juego.

Parecía inconcebible que así fuera, con un gran sector de la cúpula deshecha, pero en la construcción de aquella maravilla se había previsto una contingencia de aquel género. Mediante el sencillo procedimiento de accionar varios resortes, la ciudad quedaba dividida en barrios separados por corazas de kass, que hacían de ellos baluartes casi inexpugnables sin la existencia de los rayos desintegradores, de los que se servía el *Kipsedón* para abrir brechas, a través de las cuales se precipitaban millares de proyectiles esparciendo el terror y muerte por el seno de la base tarka.

Todas las naves aliadas protegían al *Kipsedón* con su fuego, aparte de que la astronave tenía constituido un campo magnético eficaz contra la mayor parte de los artefactos bélicos del enemigo, a no ser que estuviesen especialmente construidos para atravesar aquellas barreras. Si esto ocurría, actuaban los cerebros electrónicos tacomis enviando cohetes al encuentro de los torpedos tarkas para hacerlos estallar a distancia.

El cielo se veía surcado en todas direcciones por las aeronaves de los dos bandos. Al principio, la superioridad numérica había estado de parte de los aliados. Ahora, se hallaba del lado de los hombres antena, a pesar de haber sufrido tremendo castigo por el ataque sorpresa de las naves de Tarka tripuladas por los tumpi quienes, según el plan propuesto por Zanu, habían emitido las señales de contraseña usadas por los tarkas que aprendieron mientras fueron esclavos en Kiyul.

Cuatrocientas aeronaves tarkas consiguieron despegar o ser lanzadas desde Yer-Mun. Sus rastros luminosos se perdían en las nubes, buscando en las alturas al grueso de la flota aliada que despiadadamente les bombardeaba. Entretanto el *Kipsedón*, al emparo de sus naves satélites, abría sus compuertas y lanzaba los helicópteros al asalto de la parte destruida, la cual por carecer de defensas, ya que habían sido destruidas, ofrecía relativa seguridad a los frágiles aparatos del jeddad Tug-Zi.

Por las aguas aquietadas tras las impresionantes explosiones avanzaban, levantando columnas de espuma, las rápidas lanchas de desembarco. Todos los tacomis habían sido provistos de trajes especiales y escafandras contra las radiaciones atómicas.

Los terrestres presenciaron la llegada de los primeros contingentes de asalto que se filtraron por las brechas de la ciudad. Mientras proseguía el colosal machaqueo de la cúpula, reduciendo

los rayos desintegradores las defensas y abatiendo los aerocohetes que se arrojaban furiosos contra el *Kipsedón*, Zanu, al frente de la escuadra aliada, dirigía el combate contra las naves adversarias que volaban sobre la atmósfera de Venus.

Bajo la protección de los destructores, el *Kipsedón*, haciéndose un todo con la cúpula de Yer-Mun, se adosó a una de sus enormes brechas y corriendo las compuertas y las rampas, inició el desembarco del ejército mecánico.

Las excavadoras, las grúas, los terribles arietes y bólidos, los taladros, los camiones orugas, los tanques esféricos, los automóviles blindados, las máquinas obreras, los cañones autopropulsados y las apisonadoras mecánicas se colocaron por la destruida pista, desparramándose en todas direcciones hacia el centro vital de la ciudad.

Yandot asumió el mando del ejército desembarcado, auxiliado por cincuenta tacomis, cada uno de los cuales iba metido en un tanque individual desde el que daba órdenes a los grupos de robots que avanzaban al compás de sus instrucciones.

—¿Tomamos parte en el jaleo? —propuso Müller dirigiéndose a Kazan—. Sabemos manejar estos trastos, que llegado el momento pueden actuar separadamente de nosotros.

—Soy tu hombre, Müller —respondió Kazan. Al disponerse a marchar en seguimiento del alemán, se volvió hacia Wilson y dijo burlonamente—: ¿No viene usted? Me gusta observar de cerca a mis rivales.

—Me ha quitado las palabras de la boca —replicó el americano —. Estaré a su lado y veremos quién se acobarda primero.

Como movidos por un resorte, Derek, Garry y Shandon siguieron a sus tres compañeros, y un minuto más tarde, salían del *Kipsedón* tripulando cada uno un tanque blindado de kass. El *Kipsedón* se elevó a sus espaldas para proseguir su labor de achicharramiento.

Los terrestres cruzaron la pista todavía incandescente, donde el calor debía ser mortal, y se lanzaron por una de las avenidas que desembocaban en el aeródromo.

Por el radio televisor se comunicaban entre sí.

—Al frente —dijo de pronto Müller, disparando su cañón atómico.

—Magnífico —exclamó Derek viendo como toda la pared delantera de un alto edificio se derrumbaba sobre un grupo de hombres antena—. Un tacomis no hubiera podido hacer más.

Pasaban entre montones de escombros y pilas de cadáveres triturados por las terribles máquinas que les precedían o víctimas de

las explosiones atómicas. Pistas colgantes se ofrecían ante sus estupefactos ojos, rascacielos de formas extraordinarias, construidos igual que troncos de pirámide invertidos, se alineaban en una parte y otra. Edificios cuadrados, cónicos, cilíndricos, asombraban por su rara estructura.

De todas partes llegaba el fragor de la lucha. Entre los gritos de guerra de los tacomis, podía escucharse el restallar seco de las pistolas y fusiles eléctricos y las vibrantes detonaciones de las armas atómicas.

Llegaron al foco central de la lucha. Los tacomis del *Kipsedón* atacaban la coraza de kass que defendía al núcleo de la metrópoli con proyectores desintegradores, abriendo agujeros por los que se lanzaban los tacomis de Kalat ansiosos de venganza, seguidos de hombres robots y de las máquinas infernales. Los terrestres echaron pie a tierra y conectaron el dispositivo de control con los cerebros electrónicos. Los tanques estuvieron un momento inmóviles. Luego rodaron hacia donde había hombres antena, cuyas ondas captaban sus mentes pensadoras.

El núcleo era un laberinto de corredores. Yandot se destacaba entre un grupo de viejos enfundados dentro de sus trajes de kass. Los seis terrestres avanzaron por el corredor.

Vieron más cadáveres tarkas, destrozados, machacados, desmenuzados, aplastados. Los montones de muertos lo llenaban todo.

Las deflagraciones, los estampidos y las explosiones retumbaron en todas direcciones. De pronto un grupo de hombres antena apareció corriendo por una calle lateral.

—Duro, muchachos —gritó Derek disparando primero contra los tarkas.

Un hueco quedó abierto entre los hombres antena.

Luego se arrojaron unos sobre otros, porque la distancia que separaba a ambos era muy pequeña. Las culatas de las armas se emplearon como mazas. Afortunadamente los hombres antena no llevaban escafandras y quedaron en el suelo con las cabezas aplastadas.

Los invasores llegaron hasta una gran plaza iluminada por los rayos solares que penetraban a través de la cúpula, que si bien era opaca vista desde fuera, aparecía transparente por el interior. Por la plaza se perseguían a tiros muchos tacomis y tarkas. Algunos robots, dando fantásticos saltos, derribaban y trituraban a los enemigos, y era de ver que jamás se equivocaban en su elección.

Máquinas obreras, bólidos y robots subían por una rampa a una

plazuela menor, sostenida en el aire por gruesas columnas que las excavadoras y grúas todavía no habían atacado, ensañadas en la persecución de los hombres antena y en la destrucción de sus robots. En la plaza había medio centenar de tarkas disparando contra los invasores que afluían por todas partes.

Los primeros robots y tacomis que ascendieron a la plazoleta fueron aniquilados entre grandes explosiones. Luego, tras los tanques esféricos y las máquinas obreras, llegaron los terrestres y más tacomis, que sólo tuvieron que dar cuenta de los pocos supervivientes. Como una jauría de perros rabiosos, los tacomis y sus robots se arrojaron dentro de las habitaciones de los edificios fulminando y destrozando a todos los hombres antena que había dentro.

Kazan, seguido de sus compañeros y de un puñado de guerreros de las cavernas de Kalat, se precipitó dentro de una gran sala sobre cuyo dintel un extraño aparato de tres bocas repetía insistentemente el mismo sonido. Este sonido, en el idioma tarka, significaba que aquel edificio era el Cuartel General de Yer-Mun.

Una docena de hombres antena había dejado los instrumentos que manejaba y se disponía a salir a enfrentarse con los invasores. Las pistolas y los fusiles de ambas partes restallaron como latigazos. Se originó un minuto de confusión y, finalmente, Derek Bedford pudo mirar alrededor.

A sus pies yacía Jim Shandon, alcanzado por una bala atómica, junto a dos repugnantes seres de Tarka. Más allá había cuatro tacomis sin vida, pero todos los hombres antena yacían, negros o destrozados e inmóviles, sobre el piso de vidrio reluciente.

John Garry y Müller se aproximaron. El primero se inclinó sobre el cuerpo de su amigo.

—Quería volver a los Estados Unidos —dijo emocionado—. Ya no verá las noches de Brooklyn. —Luego, irguiéndose, gritó—: ¡Malditos hombres antena!

Kazan y Wilson, de pie, contemplaban silenciosos la escena. Murmuró Dimitri:

—Apenas tuve tratos con él, pero me fue siempre simpático. Lástima que esa descarga atómica no alcanzase a cierta persona menos simpática.

—Sí, es una verdadera pena —comentó Fred Wilson, con dolor e ironía—. ¡Maldita la falta que hacen en Venus los rusos, aunque éstos sean de Minsk!

Giraron los ojos en torno. Vieron aparatos cuya utilidad era difícil comprender o imaginar. Entró Yandot en la estancia.

Se puso a dar órdenes a los viejos decrépitos, mientras los jóvenes salían a la plaza para proseguir luchando allí donde hiciesen falta. Los terrestres les siguieron. Se asomaron a las cornisas de la plaza colgante, presenciando escenas que les helaron de pavor.

De vez en cuando se desplomaba un edificio bajo los efectos de los estallidos atómicos o bajo la acción de las máquinas autómatas. En ciertos lugares combatían los tanques esféricos contra los robots antena. En otros, grupos de mujeres antenas, sus pelos cortos y rojizos erizados sobre la frente, aullaban y corrían, algunas con extrañas y monstruosas criaturas en brazos delante de las máquinas obreras, que las aprisionaban con sus tentáculos de hierro, triturándolas.

Apartaron la vista con asco y entraron de nuevo en el Cuartel General. Yandot hablaba ante una diversidad de micrófonos, empleando el idioma silbante de Tarka. Al acabar de hablar se encaró con los terrestres.

—Las formaciones aéreas tarkas han sido completamente destruidas —comunicó—. Las aeronaves supervivientes huyen hacia Marte. He intimado a la rendición a los hombres antena. Les he dicho que su flota ha sido aniquilada y que la mayor parte de la metrópoli está en nuestro poder. Empiezan a rendirse ante la imposibilidad de resistir el terrible castigo aéreo y ante el terror que les inspiran las máquinas. Sobre todo grandes núcleos de mujeres escapando de la persecución incansable de las máquinas, se han refugiado en nuestras líneas. Los tarkas saben que nunca matamos a las mujeres a menos que sea inevitable. Sabiendo que están perdidos las envían a nosotros mientras ellos prosiguen combatiendo hasta la muerte. La victoria es nuestra.

La lucha prosiguió, empero, durante el resto del día y la noche entera. Al amanecer quedaban focos de resistencia en las entrañas de la metrópoli que iban siendo apagados lentamente.

Los terrestres salieron de la cúpula ciudad, en gran parte destruida, y se encaminaron hacia los embarcaderos. Estaban derrengados, pero alegres y satisfechos. Sólo el recuerdo de Jim Shandon enturbiaba algo su alegría.

Los racimos de prisioneros, en su mayor parte mujeres y niños, eran embarcados y llevados a tierra firme, lejos de las reacciones radioactivas. Los esclavos tumpis libertados aclamaban a los tacomis y hablaban con sus hermanos, los hombres amarillos de Tumpa que tripulaban las aeronaves de Tarka capturadas en Kiyul.

Podían estar todos contentos. Los terrestres también lo estaban.

¿A qué negarlo? Había sido un gran triunfo. Más de setenta mil hombres antena habían encontrado la muerte en Yer-Mun. Una nueva base había sido conquistada. Nuevos aliados se sumaban al ejército del jeddad Temoc.

Apareció Yandot, con su andar característico. Subió a la lancha donde esperaban los terrestres. Se quitó la escafandra cuando la ligera embarcación se despegó de la orilla, hendiendo las aguas hacia el *Kipsedón*, posado en el lago cual fantástica ballena. Respiró fuertemente. Aquella vez no soltó ningún gruñido. Mejor que nadie sabía que la lucha no había hecho más que comenzar. Pensaba en la flota de Tarka que se aproximaba a Júpiter. ¿Podrían oponerse a la terrible expansión de los hombres antena a quienes habían vencido dos veces seguidas en el transcurso de pocos días?

El hombre rojo no podía adivinar el futuro. La respuesta a esa pregunta estaba en el tiempo. Con la flota tarka, días difíciles y terribles se acercaban para todos los habitantes circunstanciales de Venus, y cuyos ramalazos de muerte podían alcanzar a la Tierra, perdida tras las nubes que enturbiaban todo el horizonte…

F I N

Colección

Luchadores del Espacio

tiene el honor de publicar en su próximo número el impresionante relato de la guerra más terrible y encarnizada que asoló los mundos siderales.

EL KIPSEDON SUCUMBE

novela original del prestigioso autor

WALTER CARRIGAN

La creación del gran Jumwha vuelve a navegar, solitaria y silenciosa, por los profundos abismos cósmicos.

¿Podrán los «tacomis» detener el avance del abrumador número de aeronaves «tarkas»? Con el Kipsedón, ¿sucumbirán también todos los «tacomis» y con éstos la Tierra?

WALTER CARRIGAN

da cima en su espectacular novela

EL KIPSEDON SUCUMBE

a la serie de obras que constituyen la exposición más audaz y apasionante de la lucha entre dos razas diferentes en sentimientos y movidas por el odio y el deseo de exterminio.

TIP. ARTÍSTICA Precio: 5 pesetas